



La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga; una apuesta por el acceso libre al conocimiento y la cultura, que consideramos imprescindible en una sociedad en la que las desigualdades sociales también se traducen en desigualdad a la hora de acceder a los contenidos culturales. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, suelen tener importantes límites económicos, que en ocasiones afectan a su sostenibilidad o impiden asumir proyectos más costosos o arriesgados. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto:

- a) [Puedes hacerte soci@ de Virus](#) ingresando un mínimo de 50 € a modo de cuota anual, recibiendo una novedad de tu elección y obteniendo descuentos en tus compras en nuestra web.
- b) [Puedes suscribirte a Virus](#) durante un año, aportando 200 €, recibiendo todos los libros de Virus durante 12 meses, dos libros de fondo y descuentos en tus compras en nuestra web.
- c) [También puedes hacer una donación](#) de cualquier cantidad a través de Paypal.





Stefan Wisniewski

Entrevistado por Petra Groll y Jürgen Gottschlich

Fuimos tan terriblemente consecuentes

Seguido de

**«La guerrilla urbana ya es historia»
(comunicado de disolución de la RAF)**





LICENCIA CREATIVE COMMONS
AUTORÍA - NO DERIVADOS -
NO COMERCIAL 1.0

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

i **Autoría-atribución:** deberá respetarse la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar la autoría del texto y/o la traducción.

Ⓞ **No comercial:** no puede utilizarse este trabajo con fines comerciales.

⊖ **No derivados:** no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto. Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones solo podrán alterarse con el permiso expreso del autor o la autora.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial.

Para consultar las condiciones de esta licencia puede visitarse: creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.

© 1997 del texto, Stefan Wisniewski

© 2019 de la presente edición, Virus Editorial

Título original: Wir waren so unheimlich konsequent... Ein Gespräch zur Geschichte der RAF

Diseño de colección: Pilar Sánchez Molina y Silvio García-Aguirre

Diseño de cubierta: Lidia Sardà y Miquel Costa Reimóndez

Traducción del alemán: Ana Valverde Seeger y Virus Editorial

Edición y maquetación: Virus Editorial

Corrección de estilo y ortotipográfica: Paula Monteiro

Primera edición: octubre de 2002

Segunda edición revisada: junio de 2019

ISBN: 978-84-92559-95-4

Depósito legal: B-14530-2019



VIRUS Editorial i Distribuïdora, sccL

C/ Junta de Comerç, 18, baixos

08001 Barcelona

Tel. / Fax: 934 413 814

editorial@viruseditorial.net

www.viruseditorial.net

Índice

9	NOTA EDITORIAL
13	ADVERTENCIA PRELIMINAR
19	Fuimos tan terriblemente consecuentes
85	«La guerrilla urbana ya es historia» (comunicado de disolución de la RAF)
87	(1.ª parte) «La guerrilla urbana bajo la forma de la RAF ya es historia»
107	(2.ª parte) «Dejamos atrás un camino común»

Nota editorial

No resultan muy frecuentes las reflexiones sobre grupos armados como la Rote Armee Fraktion (RAF – Fracción del Ejército Rojo) —que actuó en Alemania principalmente en los años setenta y ochenta, aunque mantuvo su actividad hasta bien entrados los noventa del siglo xx—, realizadas por integrantes de la organización y que, sin renunciar a su pasado, intenten hacer un análisis autocrítico de su práctica militante.

Stefan Wisniewski, encarcelado en 1978 y condenado a dos cadenas perpetuas, pasó más de veinte años en prisión,¹ culpado por el secuestro y la muerte en 1977 de Hanns Martin Schleyer,²

¹ En 1999, dos años después de que realizase la entrevista que recoge este libro, Wisniewski salió de prisión en libertad provisional. En ese momento, había pasado veintiún años entre rejas.

² Hanns Martin Schleyer (1915-1977) fue militante de las

de pasado nazi y destacado dirigente de la patronal alemana.

En 1997, pudo ser entrevistado extensamente por Petra Groll y Jürgen Gottschlich en el Centro de Internamiento de Penados de Larga Duración de Aachen (Alemania). Esta entrevista apareció por primera vez en el diario berlinés *Die Tageszeitung (TAZ)* el 11 de octubre de 1997, y fue publicada en diciembre de 1997 por la extinta editorial berlinese ID Verlag.

La entrevista a Stefan Wisniewski nos pareció doblemente interesante, pues no solo permite entender los orígenes y la trayectoria de un grupo armado tan significado para la izquierda europea como la RAF, sino que también nos acerca a la parte humana de la actividad clandestina: cuáles son los motivos que llevan a alguien a optar por la lucha armada en uno de los países más ricos de la Tierra y cómo se viven desde dentro las contradicciones y tensiones que esto conlleva.

Juventudes Hitlerianas. En 1933, con la llegada al poder del partido nazi, pasó a formar parte de las SS y, a partir de 1937, entró formalmente en el NSDAP. Durante la guerra, Wisniewski recuerda en este mismo libro que «como hombre de las SS era responsable de la integración de la industria checa en la economía alemana de guerra y su despacho estaba entonces a solo 60 kilómetros del campo de concentración de Theresienstadt, de donde salían los transportes hacia Auschwitz» (véase p. 78).

Evidentemente, se trata de una entrevista realizada en un medio no del todo oportuno, la cárcel, y no de un análisis en profundidad sobre la historia de la RAF. Por eso pensamos que era pertinente complementar la entrevista con el comunicado de disolución de la organización, que se publicó los días 23 y 24 de abril de 1998 en el diario berlinés *junge Welt*. En dicho comunicado se hace un repaso cronológico de las diferentes etapas de lucha que conoció el grupo, las claves políticas de su práctica militante y una reflexión acerca de las dificultades y errores de análisis en cada momento, que llevaron a dar por finalizado el proyecto iniciado por la Rote Armee Fraktion a principios de los años setenta, tras considerar que la lucha armada —tal como la habían entendido hasta entonces— había dejado de ser viable y políticamente oportuna en Alemania.

Esperamos contribuir con este libro al conocimiento de la historia de los movimientos antisistémicos de la segunda mitad del siglo XX en Occidente y a una reflexión sobre sus prácticas militantes, en un momento en que volvemos necesitar fundamentos para el debate sobre cuáles son los medios de lucha de los que debe dotarse la izquierda antiautoritaria para frenar el avance arrollador del capitalismo.

el colectivo vírico

Advertencia preliminar de ID Verlag

Veinte años después del otoño de 1977 hemos asistido a un espectáculo mediático hasta ahora desconocido. En todos los canales de televisión, en programas de radio, en suplementos especiales y en artículos de todos los grandes diarios se han tratado los acontecimientos que rodearon el secuestro de Schleyer, los muertos en Stammheim y la acción de las GSG 9¹ en Mogadiscio.

Cientos de periodistas y comentaristas han satisfecho, en los últimos meses, el interés de la opinión pública, sin dar a conocer nada esencialmente nuevo.

En la entrevista que sigue, una de las personas que participaron activamente en el secuestro de

¹. Las GSG 9 son unidades antiterroristas especiales de carácter paramilitar dependientes del Ministerio del Interior alemán.

Hanns Martin Schleyer se posiciona ante los sucesos de 1977.

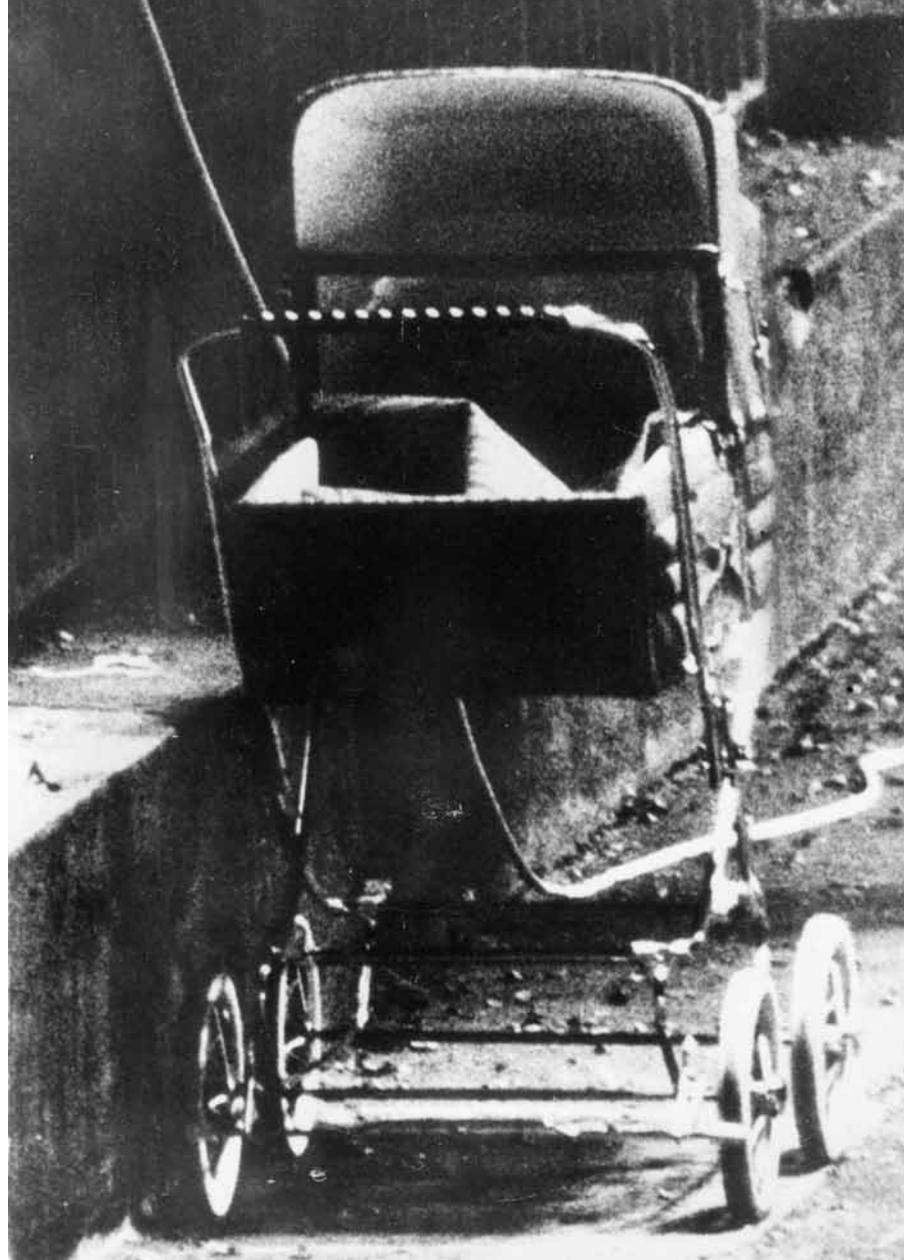
Stefan Wisniewski pertenecía al Comando Siegfried Hausner de la RAF. En mayo de 1978 fue detenido en París y entregado a las autoridades alemanas y, en 1981, fue condenado a cadena perpetua en la República Federal Alemana, por el secuestro y la muerte de Schleyer. Nunca ha realizado confesión alguna frente a las autoridades. Por primera vez, en otoño de 1997 Wisniewski pudo ser entrevistado sin censura por los periodistas Petra Groll y Jürgen Gottschlich, del diario berlinés *TAZ*. Hemos decidido volver a publicar esta entrevista en forma de libro, debido a que también los artículos de fondo de los diarios se ven sometidos a la fugacidad del mercado. Pero, sobre todo, porque el texto estaba pensado para ser la aportación a un debate, y es en forma de libro como adquiere la consistencia necesaria. El entrevistado accedió a su reproducción, aunque para él la entrevista, debido a las condiciones restrictivas en las que se produjo, solo tiene una validez temporal, ya que fue el producto de un debate público puntual.

Esta extensa conversación es uno de los documentos más importantes alrededor de los acontecimientos de 1977. Hasta ahora predominaba una discusión en los medios de comunicación burgueses que se «caracterizaba» por la ausencia de los incómodos posicionamientos de quienes protagonizaron

la actividad de la RAF. Así, por ejemplo, para realizar la premiada y reconocida película *Todesspiel (Juego Mortal)*, no se consultó ni a uno solo de los presos o presas que todavía cumplían condena. Muchos antiguos izquierdistas del 68 también arremeten contra la organización e ignoran, sencillamente, que en la primera mitad de los años setenta no eran pocas las personas activistas que discutían sobre la viabilidad de la lucha armada y la consideraban una estrategia política que tener en cuenta.

Muy al contrario de los palos de ciego y los balances concluyentes de los que se autodenominan *expertos en terrorismo*, Stefan Wisniewski describe de forma enfática, con sobriedad y sentido auto-crítico, la evolución de su biografía política y nos aproxima a la RAF de entonces. Su aportación pretende ser una reflexión desde la izquierda, que se inscribe en una revisión de la historia que no se ajusta ni a los requerimientos de los medios de comunicación ni a los deseos del Estado.

ID Verlag



Fuimos tan terriblemente consecuentes

En la página anterior, carrito utilizado para una de las acciones que se narran durante la entrevista.



El año 1977 fue el año del enfrentamiento entre la RAF y el Estado. Cuando concentrasteis todo vuestro potencial en la liberación de las personas presas, estas solo llevaban un par de años en la cárcel...

La primera acción armada de la RAF, casi podría decirse que su nacimiento, fue en abril de 1970 con la liberación de Andreas Baader que, en aquel momento, llevaba aún menos años de cárcel cumplidos o condenas pendientes que ellos.¹ Después de

¹. Andreas Bernd Baader (1943-1977) era hijo del historiador y archivero Berndt Philipp Baader, que fue reclutado en 1942 por el ejército nazi, enviado primero al frente francés y, posteriormente, al frente soviético, donde desapareció en 1945, cuando Andreas tenía dos años. Este último dejó la escuela muy joven, tras ser expulsado de varios centros por indisciplina, e intentó estudiar dibujo y cerámica, a la vez que trabajaba en la construcción, como periodista o modelo de fotografía. Con 19 años, vivió los disturbios de Schwabinger (Múnich) de 1962, cuando la policía detuvo a cinco jóvenes por tocar la guitarra y cantar en una plaza, dando lugar a cinco

la experiencia de los cuatro o cinco años anteriores a 1977, nos dijimos: esto no puede seguir así ni un año más. Ulrike Meinhof² estaba muerta, Holger Meins estaba muerto, Katharina Hammerschmidt y Siegfried Hausner también estaban muertos.

Tú has sido condenado a la máxima pena permitida en este país, a cadena perpetua, y ya has cumplido casi veinte años de condena.

días seguidos de enfrentamientos con la policía. En esa época conocería a la pintora Ellinor Michel, con la que tuvo un hijo. Más adelante, en 1967, entró en contacto con sectores radicales del movimiento estudiantil y conoció a Gudrun Ensslin, la que sería su compañera, iniciando el trayecto militante que conduciría a la posterior creación de la RAF. Se ha intentado construir un imaginario peyorativo de Baader, como alguien violento, caprichoso y amante de los coches de alta gama.

² Ulrike Meinhof (1934-1976). Periodista y activista política, comenzó su militancia en el movimiento pacifista y antinuclear de la década de 1950 y se haría conocida por su actividad periodística en *Konkret*. Se integró en lo que sería la RAF en mayo de 1970, tras dar cobertura al rescate de Baader. Detenida en 1972 y condenada a ocho años de prisión, sufrió una agresiva política penitenciaria. Hallada muerta en su celda el 9 de mayo de 1976, investigaciones posteriores han puesto en tela de juicio la versión oficial del suicidio. Existe una biografía suya traducida al catalán, en Jutta Ditfurth: *Ulrike Meinhof. La biografía*, Tigre de Paper, Barcelona, 2017, trad. de D. Escribano.

Aun así no me he perdido la revolución... Y desde la perspectiva actual debe naturalmente cuestionarse nuestro «tiempo de la impaciencia».

¿Cuál es la situación actual?

Está claro que la cárcel no ofrece ninguna perspectiva, al margen de ir cumpliendo la condena, algo bastante absurdo.

¿Cómo son los contactos con el exterior, aparte de con la familia? ¿Cómo te informas?

A lo largo del tiempo, por encima de las diferencias políticas, hemos ido desarrollando algunos contactos a través de las visitas que vamos recibiendo. Entretanto, algunos de nosotros ya han sido excarcelados, pero también conocemos a otra gente diferente. Muchas cosas de las que ellos hacen, como es natural, difícilmente puedo llevarlas a cabo: tener niños, verlos crecer y jugar, la lucha existencial entre la vida y la muerte que se desarrolla diariamente fuera de estos muros... Leo mucho, sobre todo libros. En los primeros diez años tuve prohibida la televisión, pero eso no me ha hecho perder gran cosa. Salvo algunas excepciones, mi correo sigue siendo intervenido por la Fiscalía federal (de tanto en

tanto se da la orden de retener alguna cosa). Y, mientras tanto, vivo y maldigo la cárcel como el resto de presos; incluso trabajo desde hace dos meses, después de haberlo tenido prohibido casi todo este tiempo.

¿Siempre has querido ir a un módulo normal?

Siempre he rechazado esta expresión en sí, porque tampoco considero este módulo para otros presos como algo normal. Pero siempre he considerado la cárcel como un terreno social del que no he querido aislarme.

Sin embargo, la RAF siempre ha exigido la agrupación de los presos políticos y no su integración en prisiones comunes.

La RAF también intentó al principio juntarse con otros presos. Sin lugar a dudas existió la idea de un movimiento revolucionario de presos, pero la situación era tal que, desde un primer momento, se ordenaron amplias medidas de aislamiento absoluto para nosotros. Luego vinieron los procesos, y, por nuestra parte, intentamos organizarnos frente a esos procesos de una manera política y conjunta.

Era y es legítimo exigir una reagrupación para discutir colectivamente y romper el régimen de aislamiento.

Eso pudimos hacerlo durante la primera declaración de huelga de hambre, pero la línea cambió rápidamente: todo parecía apuntar hacia la condición de prisionero de guerra.

Cuando esto se elevó al rango absoluto de línea política, yo dije, vale, esto podemos discutirlo desde un punto de vista político, pero entonces yo también puedo optar por otra línea. Si ni siquiera aquí conseguimos juntarnos con otros presos, cómo vamos a conseguirlo afuera. Aquí son las personas mismas las que están encerradas y experimentan lo que es el sistema. Para ello no hace falta una investigación científica, aunque un análisis sobre la composición de los presos en las nuevas prisiones sería más útil que nunca. Por lo menos la mitad de los presos son extranjeros y muchos de ellos están amenazados con la expulsión a países en los que se tortura.

¿Se llegó en este punto a la ruptura entre tú y los otros presos y presas de la RAF?

Por lo menos por mi parte no fue presentado como una ruptura. En cualquier caso, la rueda se puso en marcha durante mi procesamiento, allá por 1981, con el primer juicio por el secuestro de Schleyer.

«Quería afrontar mi juicio de forma políticamente activa»

Un momento, ¿desde tu detención en 1978 hasta el comienzo del juicio pasaste tres años enteros en régimen de aislamiento?

Antes de que empezase este juicio ya tenía otros dos procesos abiertos. Tras mi detención le había dado un puñetazo en la nariz a un juez federal. Eso fue justo después de mi extradición desde Francia, cuando este interrumpió de manera provocadora la conversación con un abogado, tras haberseme impedido, ya después de mi detención en París-Orly, hablar con un abogado francés.

La extradición se realizó de forma fulminante, seguramente porque se contaba con que, debido al manifiesto ambiente antialemán que reinaba en la opinión pública francesa, te concediesen el asilo...

Sí, todo sucedió muy rápido, casi por la vía exclusivamente policial. Hasta el juez tuvo que admitir más tarde que todo eso no había sido legal. Pero para entonces eso ya no era importante. Lo único importante era: ahora me tienen. Por el golpe al juez del Tribunal Supremo me cayeron siete meses, que se sumaron a los veinte años de mi cadena perpetua,

mientras que mi condena a seis años por un intento de fuga se incluyó en la contabilización posterior de la «especial gravedad de la culpa».³ El trasfondo político era que entonces no tenían casi nada en mi contra. Por lo tanto, antes del juicio por lo de Schleyer, se intentó demostrar mi peligrosidad.

En cualquier caso, me pasé tres años aislado, como en un búnker, antes de que comenzase el verdadero juicio. Los presos planeaban entonces una huelga de hambre y, como la prensa seguía mi proceso, naturalmente yo, a modo de apertura, debía leer la declaración de la huelga de hambre. Entonces dije: basta. Si ahora nos declaramos en huelga de hambre, entonces todo el juicio, la discusión política, girará alrededor de la huelga de hambre. Pero yo tenía interés en llevar el juicio de forma políticamente activa, quería provocar una discusión sobre 1977.

³ En el Código Penal alemán, el concepto de «especial gravedad de la culpa» (art. 57a.2) permite eludir las limitaciones impuestas a la cadena perpetua, abriendo la puerta a la extensión de aquella más allá de los quince años que el ordenamiento jurídico establece como el tiempo máximo de estancia en prisión. (Puede consultarse una traducción al castellano del Código Penal alemán, que incluye las reformas legislativas introducidas hasta 1998, realizada por Claudia López Díaz, de la Universidad Externado de Colombia: bit.ly/2EC17TJ.)

Los presos comenzaron la huelga de hambre, a pesar de todo.

Habían encontrado otro camino para hacerla pública. Entonces vino lo que tenía que venir; las preguntas políticas en la sala y la opinión pública se concentraron progresivamente en cuestiones como: ¿pueden los presos sobrevivir a esto?, ¿quién quiere ir con quién?, etc. Por suerte, se habían adherido a la huelga de hambre muchos presos sociales, en parte con reivindicaciones propias, a las que yo podía hacer referencia. Cuando también me declaré en huelga de hambre durante seis semanas, lo hice con reivindicaciones que tenían que ver con mis experiencias concretas.

Sigurd Debus⁴ murió en esta huelga de hambre en defensa de la reagrupación, debido a

⁴ Sigurd Debus (1942-1981), según J. Smith y André Moncourt, «nunca fue miembro de la RAF, sino que había derivado hacia la lucha armada tras abandonar el KPD/ML [Partido Comunista Alemán/Marxista-Leninista, prohibido en la República Federal] a principios de los años setenta. Reunió a un pequeño grupo que se puso en contacto con la RAF, pero que optó por permanecer separado, prefiriendo actuar por su cuenta» (*The Red Army Faction, A Documentary History: Volume 2: Dancing with Imperialism*, PM Press, Oakland, 2013). Debus fue detenido en febrero de 1974 y condenado a doce años de cárcel por varios atracos a entidades bancarias.

las torturas sufridas por la alimentación forzada. Entonces, en la sala de audiencias casi no me salí de los rituales típicos en la confrontación con la Fiscalía General federal.

Siempre se ha dicho que abandonaste la RAF en 1981.

Retractarse y someterse nunca fueron conmigo. Yo estaba buscando otras posibilidades, después de que en el 77 convirtiésemos el tema de los presos —nuestro punto más débil— en el eje político del cuestionamiento del poder. Y este error mortal no quería volver a cometerlo como preso bajo ninguna circunstancia.

Sin embargo, desde la RAF se continuó igual, pagando como precio muchos muertos.

Respecto a esto tendríais que preguntar a los creadores y responsables del concepto de *frente antiimperialista*,⁵ entre los que no me cuento. Mis pasos

⁵ La idea de «frente antiimperialista» fue la estrategia central de la RAF durante la década de 1980. Como explican en su comunicado de disolución, «miles de personas de los diferentes movimientos salieron a la calle, en los años ochenta, en contra de lo mismo que quería atacar la RAF

significaban un *back to the roots*, una vuelta a las raíces, en relación con todas esas cuestiones que son las que están en el origen de nuestra rabia y de nuestro activismo...

¿Cómo fuiste a parar a la RAF?

Por lo que a esto se refiere, primero tengo que explicar cómo llegué al movimiento antiautoritario. Yo nací y me crié en los años cincuenta en un pequeño e idílico pueblo de la Selva Negra, hijo de un preso polaco condenado a trabajos forzados. Ninguna historia espectacular; en Polonia solo hubiese sido uno entre cien mil, pero en este pueblo mi madre me inculcaba: «No se te ocurra explicar nada de la historia de tu padre, si lo haces tendrás problemas». En aquel lugar había algunos antiguos miembros y simpatizantes de las SS y de la SA, que figuraban entre los ciudadanos más respetados. Mi padre, tras su liberación del campo de

concentración, solo sobrevivió ocho años a la «muerte a través del trabajo»; yo entonces era todavía un bebé y mi hermana venía de camino. Mi madre quería educarme sin odio. Pero «callar», aunque fuese con buena intención, tampoco era la solución. Sea como fuere, por diferentes causas estuve internado durante un corto período en un centro para chicos «difíciles». La mayoría de los niños de allí procedían de las capas sociales más bajas, muchos de color, hijos de antiguos soldados norteamericanos, también había gitanos y hasta un chico de origen polaco. En el centro debíamos aprender un oficio, con maestros que nos trataban con expresiones como: «Con Hitler hubiésemos cortado por lo sano con vosotros». Me escapé de allí siete veces en un año; algunas de ellas para ser capturado de nuevo, tras persecuciones espectaculares de la policía. Cuando por fin pude dejar eso atrás, con ayuda de mi madre, me fui a Hamburgo y me hice a la mar. No era nada romántico; de esa manera conocí la miseria en el Tercer Mundo, cuando en los puertos africanos, hombres mayores venían a bordo y ofrecían a sus mujeres a cambio de restos de comida. La gente que no sienta vergüenza ante eso, debería ser lanzada como alimento a los tiburones. Luego me quedé en Hamburgo, realicé diferentes trabajos y fui a la escuela nocturna.

desde el 79», entre ellas la militarización de los Estados integrados en la OTAN, la guerra contra la Unión Soviética o las intervenciones abiertas o encubiertas en Nicaragua y otros países. Esta estrategia «partía del supuesto de que no iba a quedarse sola en esta nueva etapa. Eso se basaba en la esperanza de que los sectores militantes de los diferentes movimientos se integrarían en el frente común» (véase p. 97).

¿Qué edad tenías entonces?

Casi veinte años. En cada una de estas fases también podría haber tomado caminos muy diferentes, pero para mí fue decisivo el movimiento antiautoritario: las nuevas formas de vivir, viviendas en comunidad, la música de los Stones, el pelo largo; todo eso ejercía una gran atracción sobre mí. A eso se añadió el socialismo y otras teorías revolucionarias, sobre todo el nuevo sentido de la justicia nacido de la revuelta. Frecuenté un grupo de Socorro Rojo, participé en la okupación de una casa, en la calle Eckhoff, una vivienda propiedad de la Neue Heimat.⁶

Éramos activistas, pero también realizábamos trabajos sociales con los sin techo o con niños de centros de acogida. La policía y la prensa de Springer⁷ se echaron sobre nosotros (algunos tuvieron que ir un año a la cárcel, y fue pura casualidad que yo no estuviese entre ellos). En esos tiempos teníamos la sensación de que realmente aún podíamos cambiar algo, aunque ya se dibujaba el retroceso

respecto al 68 y el aparato represor golpeaba cada vez con más fuerza.

Con este trasfondo, la RAF nos parecía especialmente digna de crédito; al fin y al cabo, los camaradas ponían sus vidas en juego por sus convicciones. Cuando fueron detenidas las primeras personas de la RAF, predominaba un estado de acoso increíble. Ya solo por eso, pensábamos: si se les acosa tanto, ahí tiene que haber algo. Fueron muchas y diferentes las motivaciones que me llevaron a interesarme por la RAF. Pero mi primer paso fue irme a Berlín.

Yo también estaba en 1974 en Berlín y, en la mani por la muerte de Holger Meins,⁸ recibí, por primera

⁶ Neue Heimat, cooperativa de viviendas perteneciente al DGB (Deutscher Gewerkschaftsbund), sindicato único alemán.

⁷ Bernhard Springer es el propietario de un imperio mediático. Entre los tabloides que posee se encuentra el diario sensacionalista *Bild-Zeitung*, el de mayor tirada en la RFA.

⁸ Holger Klaus Meins (1941-1974) era un estudiante de Bellas Artes y Cinematografía. Participó el 2 de junio de 1967 en la manifestación contra el Sha de Persia, que acabó con la muerte de Benno Ohnesorg, algo que marcaría a la juventud militante de la época. En 1969, el año de su disolución, vivió en la denominada «Kommune 1» o «K1» —situada en un apartamento cedido por el escritor Hans Magnus Enzensberger—, donde convivían miembros de la contracultura berlinesa, poniendo en práctica una alternativa al modelo de familia pequeñoburguesa. A Meins se atribuye la autoría del corto *Wie baue ich einen Molotow-Cocktail?* (*Cómo elaborar un cóctel molotov*), en que se narra en imágenes la confección del artefacto a través de su paso por varias manos. En 1970, se integra en el grupo que se había conformado en torno a

vez, una verdadera paliza. Situaciones así las ha vivido mucha gente, pero fueron muy pocos los que se unieron a la RAF.

Podríamos habernos encontrado allí. Nunca he olvidado aquella época en la que estuve en el centro juvenil, en la calle Postdamer. Ya estaba en marcha la huelga de hambre.

Habíamos movilizado a todo lo que podía movilizarse, desde Amnistía Internacional hasta al párroco Albertz.⁹ Yo estaba allí, en ese centro juvenil, encima de la mesa (no había tarimas) dando un discurso. En ese momento entra alguien y dice: «Holger ha muerto». A mí, y no solo a mí, se me saltaron las lágrimas. Algunos, que por lo demás se consideraban más bien críticos con la RAF, empezaron enseguida

Andreas Baader y que aún no había adoptado el nombre de Fracción del Ejército Rojo, que no se utilizaría oficialmente hasta 1971. Meins fue detenido el 1 de junio de 1972 junto con Baader y Jan-Carl Raspe.

⁹ Heinrich Albertz (1915-1993) era un miembro de la Bekennende Kirche (Iglesia de la Confesión), que se había opuesto a la adaptación de la Iglesia protestante alemana a las instituciones nazis. En 1945 fue responsable de los centros de asistencia a refugiados de la localidad de Celle, donde comenzó su carrera política tras ser nombrado alcalde por las autoridades militares británicas a cargo de la zona. Poco después se afiliaría al SPD (Partido Socialdemócrata Alemán), en representación del cual ocuparía diversos cargos institucionales.

a hacer cócteles molotov y nos fuimos directos hacia la Ku'damm.¹⁰

Cuando empiezan a matar a los presos o a dejar que se pudran, entonces se tiene que hacer otra cosa, pensábamos nosotros. Todo en lo que yo me había implicado relacionado con los presos políticos se había vuelto, simplemente, ineficaz. No podíamos seguir así. Mi última actividad política en la legalidad fue participar en la organización del entierro de Holger Meins. Eso significó para mí el traspaso de un umbral.

¿Entonces decidiste meterte en la RAF?

En ese momento también sabía cómo podía localizar a la gente del Movimiento 2 de Junio.¹¹ Pero

¹⁰ «Ku'damm» es el nombre por el que se conoce en argot a la Kurfürstendamm, una de las avenidas más lujosas y caras del centro de Berlín.

¹¹ El Bewegung 2. Juni (Movimiento 2 de Junio) fue una organización de activistas herederos de la tradición *sponti* (espontaneísta) del 68 alemán, con principios antiautoritarios alejados de toda pretensión de vanguardia armada, y que actuó en los años setenta en la RFA. Su nombre es un homenaje a Benno Ohnesorg, muerto por disparos de la policía en el curso de una manifestación de protesta por la visita del Sha de Persia a Berlín, el 2 de junio de 1967. Puede profundizarse en la historia del M2J en Ralf Reinders y Ronald Fritsch: *El Movimiento 2 de Junio. Conversaciones sobre los*

alguien se olvidó de vaciar un buzón clandestino o me dio uno equivocado y el contacto no llegó a realizarse nunca.

Esa gente tal vez hubiera sido mucho más adecuada para ti.

Eso ya lo ha dicho más gente; el caso es que la historia siguió otro curso.

¿Acaso eso no era importante?

En el Movimiento 2 de Junio no había solo hijos de trabajadores ni en la RAF solo hijos de burgueses; yo no intentaría establecer categorías en ese terreno. Cuando vivía en Berlín, todavía en la legalidad, visité en la cárcel tanto a mujeres del Movimiento 2 de Junio como a las de la RAF. Seguramente tenían sus discrepancias, pero eso no me importaba mucho. Me daba igual visitar a Ina Siepman, del 2 de Junio, o a Ingrid Schubert, de la RAF; lo decisivo era que se trataba de personas del movimiento a las que habían atrapado; y nosotros no las podíamos ni las queríamos dejar colgadas.

Rebeldes del Hachís, el secuestro de Lorenz y la cárcel, Virus, Barcelona, 2011.

¿Pero tú eras consciente de los diferentes planteamientos que tenían?

Claro que los conocía. Pero hasta ese momento —por lo menos, para mí— no se habían puesto suficientemente a prueba en la práctica; el secuestro de Lorenz¹² y la ocupación de la embajada en Estocolmo no habían tenido lugar todavía.

Hoy, seguramente sería interesante examinar con más detenimiento cuáles fueron los resultados de los diferentes conceptos de guerrilla urbana.

Sobre el distanciamiento de la RAF de los movimientos sociales y sus lamentables consecuencias, ya hablaremos, seguro, cuando llegemos al 1977. El Movimiento 2 de Junio, que sacaba su potencia y su fuerza expresiva de la interacción con su medio social, seguro que tenía las de ganar en este aspecto. Pero, ciertamente, conforme su marco social de referencia y su base se fueron perdiendo progresivamente —o empezaron a centrar su atención en nuevos temas—, una parte de ellos tampoco se libró de errores parecidos a los nuestros. Lo

¹² Peter Lorenz, secretario general en Berlín de la demócrata CDU. Secuestrado en plena campaña electoral municipal, el 27 de febrero de 1975, y soltado el 5 de marzo, tras conseguir la liberación de cinco presos políticos alemanes. Peter Lorenz se enteraría de que era el nuevo alcalde de Berlín mientras estaba secuestrado.

mismo puede decirse de las Células Revolucionarias y de la Rote Zora,¹³ que estudiaron a fondo nuestros puntos débiles y consiguieron mantenerse «en el pulso del movimiento» junto con su estructura organizativa ilegal. Su ala internacional, sin embargo, tampoco pudo evitar el desastre.

A principios de los años setenta, las acciones de la RAF todavía tomaban como referencia la guerra del Vietnam.

Había consenso dentro de la organización, referente a aquello que había quedado del 68: que una revolución, en la medida en que pueda realizarse aquí, debe tener un carácter antiimperialista. Que solo tiene

¹³. Las Revolutionäre Zellen (RZ – Células Revolucionarias) y la Rote Zora (Zora la Roja) fueron dos grupos de activistas que actuaron en las décadas de 1970 y 1980 y que intentaron constituirse en alternativa armada a la RAF. Uno de los principios diferenciadores respecto a la RAF es que pretendían no pasar a la clandestinidad, a fin de hacer compatible la lucha armada con el trabajo en los movimientos sociales, con el objetivo de no perder de vista el pulso de la calle. La Rote Zora (cuyas siglas también son RZ) se constituiría a partir de las Células Revolucionarias poco tiempo después de que se formaran, para procurar un espacio específico para el activismo de las mujeres con objetivos propios: lucha contra el patriarcado, contra las nuevas tecnologías genéticas, etc.

posibilidades de darse aquí si tiene en cuenta a los movimientos del Tercer Mundo. Sin Vietnam, sin la evolución en el Tercer Mundo, la RAF no hubiese llegado a ser lo que ha sido. Nuestros portadores de esperanza eran los tupamaros y los Panteras Negras.

Pero os centrasteis muy pronto en la cuestión de cómo conseguir sacar a la gente de la cárcel.

También pensamos qué otras posibilidades había en otros campos. Pero la conclusión a la que llegamos fue que nosotros, como grupo relativamente pequeño, solo lograríamos ser más fuertes en otros campos si conseguíamos algo en este punto. Nuestra valoración objetiva era que Estado y Capital dominaban la situación de tal manera que del movimiento que surgió del 67-68 podía no quedar nada. A través de la cuestión de los presos queríamos comunicar algo acerca de este Estado. Su esencia. Su historia.

¿A quién queríais comunicárselo?

Nosotros, a diferencia de los grupos marxistas-leninistas, no nos dirigíamos al proletariado industrial. Estas ideas ya las habíamos abandonado por aquel entonces, sobre la base del análisis acerca de la aristocracia trabajadora en las metrópolis. Para

nosotros, el sujeto revolucionario no podía definirse a partir de criterios económicos. Nos dijimos: todo aquel que lucha puede ser revolucionario. Debido a que lo definimos de forma más difusa, tampoco tuvimos el contrapeso necesario de una base social. Ese era el caso, entonces, de las Brigadas Rojas en Italia, que tenían una implantación muy distinta de la que nosotros teníamos en las fábricas.

Italia era diferente.

Claro que sí. También Irlanda lo era. A pesar de ello nos veíamos en un mismo contexto. Si hubiésemos vivido en Italia, naturalmente hubiéramos preferido poner en práctica el planteamiento de las Brigadas; eso ya lo dijimos en los primeros textos. En Italia hubo una gran *Resistenza*; estaba relacionada con ella incluso la historia de los democristianos italianos. Aquí, en cambio, el fascismo había destrozado todo lo que había quedado de las organizaciones obreras. Era una realidad histórica muy diferente, que era lo primero con lo que había que romper.

Nuestro enfoque internacional también se basaba en que, por medio del «cerco de los pueblos a las ciudades», podía resquebrajarse el «modelo Alemania» y que, en las fisuras que se fueran abriendo, podríamos implantarnos y arraigar de manera duradera.

¿Pero a partir de qué queríais ganar legitimación, a partir de la situación aquí o a partir del movimiento mundial?

En el mejor de los casos, a partir de ambas cosas; pero la pregunta hasta hoy no se ha resuelto estratégicamente: es un hecho que vivimos en una metrópolis de riqueza y privilegios increíbles; en otros países, en cambio, reina la pobreza, y las condiciones sociales para un planteamiento revolucionario son muy diferentes. Hoy en día, hay que añadir «las islas de Tercer Mundo» en las metrópolis y en las regiones pobres del Este. Para estas, la cuestión social se ha convertido en un tema de supervivencia, que hoy más que nunca debe hacer saltar el marco del Estado-nación y, a la vez, hacer desvanecer cualquier internacionalismo abstracto. Cuando uno se sitúa en este contexto internacional, corre el gran peligro de perder el contacto con lo social, el espacio de relación crítica, e incluso de sustraerse a toda crítica remitiéndose a las condiciones internacionales.

Esa es la impresión que me dieron las discusiones de los grupos de Socorro Rojo que conocí, a mediados de los setenta, en mi entorno de Kreuzberg.

Eso deberíamos preguntárselo a los camaradas de Berlín. Yo conozco al Socorro Rojo de Hamburgo

de aquel momento. Allí se partía de otro punto. Aunque todo esto no haya traído consigo todo lo que comportaba de utopía social, hoy me doy cuenta de que, a menudo, los únicos grupos que todavía se ocupan de los presos están vinculados a organizaciones de derechas que intentan utilizarlo para potenciar el racismo. Con estos me las he tenido que ver en más de una ocasión y en más de una cárcel. Es un terreno que el movimiento abandonó entonces. Por cierto, igual que el diario *TAZ*, que en su momento tuvo una página fija dedicada a la cárcel.

No ponemos en duda que era un trabajo razonable y que aún hoy lo sería. Pero, por entonces, siempre teníamos la impresión de que aquellos que se autodenominaban «la vanguardia» no hablaban para nada de los temas que a nosotros nos interesaban.

Hablar sí que se hablaba, tanto como lo permitía el intercambio con nuestros camaradas en la legalidad; pero, como es sabido, sin que esos temas se incorporasen a nuestra práctica. Yo iría aún más lejos en la reflexión autocrítica: una parte de los presos y nosotros moralizábamos tremendamente el tema de las personas encarceladas en los comités contra la tortura; y, de esta forma, seguramente, asustamos a mucha gente de izquierdas que discrepaba de forma crítica, pero solidaria, con nosotros.

Peter Brückner¹⁴ y otros se llevaron un buen varapalo; por lo que a esto se refiere, seguro que hay muchas cosas desagradables sobre las que volver a reflexionar. Sin embargo, vuestros problemas no se acabaron ahí, porque paralelamente a la retirada de muchos activistas del 68, se produjo un retroceso masivo de la solidaridad.

Esto tuvo luego su efecto bumerán: quien optó por ignorar las condiciones de los presos en las celdas de aislamiento sin asumir responsabilidad alguna

¹⁴ Peter Brückner, profesor de Psicología, fue apartado temporalmente de la universidad, entre 1970 y 1975, por dar cobijo durante tres días a Ulrike Meinhof. Fue uno de los 49 profesores universitarios que, en 1977, se solidarizaron con el Consejo de Estudiantes de la Universidad de Göttingen, cuya revista fue clausurada. El propio consejo fue también disuelto por publicar un pequeño artículo firmado por «Un mescalero de Gotinga», en el cual se comentaba en tono positivo el atentado contra el fiscal general Buback. Los 49 profesores, en un intento de salvaguardar la libertad de expresión y de crear una base de discusión, aun no estando de acuerdo con el contenido del artículo, se atrevieron a apoyar su reproducción en una publicación. La caza de brujas que se inició en la universidad dio lugar a que se obligase a firmar a todos los profesores de la Baja Sajonia, donde Brückner daba clases, una declaración de fidelidad al Estado. De los 13 profesores de la Baja Sajonia que habían apoyado la publicación, solo Brückner se negó a firmar la declaración, lo que llevó a que fuera apartado definitivamente de la docencia universitaria.

—por ejemplo, a través de un posicionamiento independiente—, como mínimo no debería luego sorprenderse de que, en otoño del 77, se tuviese que volver a afrontar la cuestión de los presos, pero en forma de una escalada militar.

«Queríamos transmitir planteamientos revolucionarios»

Nuestra situación entonces era, como ya he dicho, diferente. Estábamos influenciados por el hundimiento de la revuelta del 68; queríamos continuar transmitiendo sus puntos de vista socialrevolucionarios y antiimperialistas, y un horizonte de nuevos movimientos sociales no parecía ni mucho menos cercano. Sencillamente, subestimamos durante mucho tiempo la importancia del movimiento antinuclear o únicamente lo percibimos desde la perspectiva de su militancia contra el Estado. Aún más grave fue, quizá, la falta de debate con el movimiento de mujeres. Por lo que a esto se refiere, no quiero buscar excusas.

Pero incluso si en esa etapa nos hubiésemos disuelto directamente en los nuevos movimientos sociales, lo cual no habría tenido sentido necesariamente, el tema de los presos hubiese continuado. Ellos también estaban cumpliendo condena por la

historia de un movimiento común y se habrían quedado igualmente enterrados en los módulos de seguridad por tiempo indefinido. Queríamos tener a los encarcelados fuera e hicimos de ese asunto una cuestión de poder.

¿No era así ya cuando la RAF quiso liberar a los presos por medio de la toma de la embajada alemana en Estocolmo?

Justamente debido al fracaso de lo de Estocolmo se desarrolló la idea de que debíamos realizar una acción más precisa.

¿Por lo tanto, la idea del secuestro de Schleyer fue el resultado directo del reconocimiento de que Estocolmo había sido un error?

Fue el camino equivocado. Eso lo demostró el desenlace: cuatro muertos, dos de cada bando; no se consiguió sacar a nadie, al contrario, la situación se agravó aún más.

¿Y vuestro análisis fue que la ocupación de la embajada no era suficiente para forzar la liberación de los presos?

Que una embajada no era suficiente, y que teníamos que acertar políticamente en un punto en que, si no cedían, se vieran realmente perjudicados.

¿Existía ya en esa reflexión la referencia a la persona concreta de Schleyer?

No, no, eso no fue tan rápido. No os imaginéis que a una acción ya le espera la siguiente. Antes de pasar a la clandestinidad, tenía una imagen muy diferente de lo que es la RAF y de lo que se podía llevar a cabo. Cuando yo aún era legal, conocía a muchos que hablaban constantemente de cómo iban a apoyar a la RAF. Cuando yo mismo pasé a la clandestinidad, pude comprobar que las cosas no eran así ni mucho menos. Después de Estocolmo, me encontré, de golpe, casi ante la nada. Aún quedaban unos cuantos marcos¹⁵ y dos pistolas, pero que ni siquiera funcionaban demasiado bien.

¿Entonces, cómo se os ocurrió lo de Schleyer?

Dada la manera en que Schleyer se presentaba en público, en las entrevistas y en todas sus

¹⁵. El marco era la moneda alemana previa al euro.

apariciones, era sencillamente un imán. Era una posibilidad tentadora. Pero también hubo otras ideas; por ejemplo, pensamos en Filbinger, el presidente de Baden-Württemberg. El pasado de Filbinger como juez nazi en la Marina no se conocía todavía públicamente. Pero se sabía que después de la época nacionalsocialista se había convertido, sin paréntesis alguno, en un prohombre de la nación. En su caso, llegamos con rapidez a la conclusión de que para realizar el secuestro tendríamos que asaltar el parlamento regional. Naturalmente, eso se desestimó y, por lo tanto, quedó Schleyer.

¿Y fue entonces cuando empezasteis a preparar el secuestro?

No, en ese momento todavía no se concretó ninguna acción. Solo eran unas primeras conjeturas.

¿Cuándo sucedió pues?

Eso fue justo después de lo de Estocolmo, en aquel momento el grupo todavía no se había constituido. Más tarde, se nos unirían otros dos grupos que hasta entonces no se consideraban de la RAF. No había todavía planes concretos,

pero había una dirección, y lo que nosotros queríamos, de manera consciente, a diferencia de Estocolmo, era dejar claro en esa persona lo que pretendíamos, de dónde procedíamos y por qué luchábamos realmente.

¿Pensabais que, en el caso de Schleyer, Schmidt no podría mantenerse inflexible y tendría que acceder al intercambio?

No, nuestras reflexiones no habían llegado todavía tan lejos. Lo primero que analizamos sobre Schleyer fue que en él se concentraba todo aquello contra lo que toda la izquierda se había rebelado. Aún me acuerdo muy bien de la historia sobre Schleyer publicada por *Stern* en 1974. Allí no se abordó solo su historial nacionalsocialista, sino sobre todo esa atrocidad sobre cómo él interpretaba su ulterior carrera —su ascenso a hombre del BDI y BDA,¹⁶ a jefe político del Capital— como una transición sin ruptura alguna. Había alardeado de ello públicamente, así que no tiene ningún mérito haber pensado en él.

¹⁶ BDI: Bund der Deutschen Industrie, Federación de la Industria Alemana; BDA: Bund der Deutschen Arbeitgeber, Federación de Empresarios Alemanes.

Pero vosotros no dijisteis entonces: secuestramos a Schleyer para evidenciar la continuidad del fascismo en la República Federal. En Italia se produjeron acciones mucho más claras: las Brigadas Rojas intentaban intervenir en luchas laborales del momento, secuestraban a directivos y los volvían a soltar con los pantalones bajados, a la hora del cambio de turno, ante la entrada de la fábrica. Eso hablaba por sí solo.

Nosotros también hemos dicho siempre que las mejores acciones son las que hablan por sí solas. En cualquier caso, en el secuestro de Schleyer no hubo que dar explicaciones muy extensas justamente porque se trataba de él y no de otro representante de la clase dominante. Algo parecido a lo de Italia también se produjo en Argentina, cuando los montoneros secuestraron a un representante de la Daimler-Benz. Exigían la readmisión de los despedidos y sueldos más altos. Creo que en esas negociaciones también estuvo Schleyer. Pero acciones así no son fáciles de trasladar. Fijaos, por ejemplo, en el desnivel entre el sueldo de un trabajador de Daimler en Stuttgart y el de uno en Buenos Aires. Pero en ese momento todavía no había nada decidido. La limitación de la estrategia al intercambio de prisioneros era fruto de la deriva hacia la agudización de la cuestión de los presos a lo largo del año 1977.

Explícanos vuestros propósitos para 1977; antes del secuestro de Schleyer ocurrieron el atentado contra Buback¹⁷ y el asesinato de Ponto.¹⁸

Buback era el principal «cazterroristas» y el responsable de la línea seguida respecto a los presos. Para nosotros, él también era responsable de la muerte de Siegfried Hausner, del cual forzó su traslado desde Estocolmo, a pesar de que tenía heridas que hacían temer por su vida. Y veíamos en él al responsable del corredor de la muerte y de las condiciones carcelarias de Ulrike Meinhof. Le queríamos parar los pies.

¿A esto se añadió, o así lo ha explicado Peter Jürgen Boock,¹⁹ que los de Stammheim os presionaban?

¹⁷. Siegfried Buback, fiscal general del Estado, muerto por los disparos del comando Ulrike Meinhof, de la RAF, el 7 de abril de 1977.

¹⁸. Jürgen Ponto, director del Dresdner Bank, muerto durante un intento de secuestro el 30 de julio de 1977 por un comando de la RAF.

¹⁹. Peter Jürgen Boock conoció a Andreas Baader, Gudrun Ensslin y Astrid Proll en 1969, mientras permanecía internado en el llamado «albergue juvenil» Beiserhaus en Rengshausen, una institución eclesiástica de la que huyó posteriormente, instalándose en Fráncfort. Pero no se incorporó a la RAF hasta 1975, recibiendo entrenamiento en Yemen del Sur y participando en múltiples acciones. Abandonó la RAF en 1980, antes de su detención al año siguiente en Hamburgo. Salió de prisión en 1998.

No tengo ganas de comentar cada nueva versión que pueda írsele ocurriendo a Boock. A él puede aplicársele lo que dice Régis Debray, en su libro *Crítica de las armas*, sobre el movimiento guerrillero en Latinoamérica: «Los militaristas más grandes se convierten en los mayores renegados». Mientras Boock se pasea como un oso amaestrado por los magazines televisivos, otros como Brigitte Mohnhaupt, encerrada en el búnker de una cárcel bávara, no tiene posibilidad alguna de opinar sobre ello.

Tú ahora tienes la oportunidad de hacerlo. ¿Os presionaban o no?

Para poder hacer una valoración sobre esto, sería necesario que todos los presos pudieran dar su opinión al respecto. Justamente, Boock se refiere siempre a una supuesta o verdadera correspondencia con los de Stammheim que, aparte de él, solo conocería Brigitte Mohnhaupt. ¿Qué puedo decir sobre eso? Sin lugar a dudas, los presos ante todo querían salir; ese sentimiento de querer atravesar la pared con la cabeza, al fin y al cabo, lo conoce cualquier encarcelado. La cuestión es qué esfuerzo podía reclamarse desde un punto de vista político y moral.

Antes que nada, fueron las circunstancias las que presionaban. A eso hay que añadirle que, en esa

época, existía la teoría del nuevo fascismo, el que procedía de las instituciones y no requería del apoyo de una masa social. Las dos cosas, tal cual, no eran ciertas. Esta teoría errónea no solo fue repetida de forma incesante por la RAF, sino que también nos condujo a que nos limitásemos a un intercambio militarista con el Estado. Sin embargo, minusvaloramos que la producción de mentalidades racistas funciona de arriba abajo, y que esto no es algo novedoso. 1977 también fue el año en el que muchas asociaciones tradicionalistas de las SS pudieron reunirse sin ser molestadas, exceptuando algunas protestas de la VVN.²⁰ ¿Por qué no las atacamos? En vez de eso, se establecieron en algunos casos asociaciones frívolas entre los centros de aislamiento y de exterminio con Auschwitz, que no solo llevaron a evaluaciones grotescas y a «actuaciones forzadas», sino que también resultaron mezquinas respecto a las víctimas de los campos de exterminio. Sin embargo, las condiciones en los módulos de aislamiento eran tremendamente duras. Para actuar contra eso no habría sido necesaria ninguna «presión» adicional. Tampoco éramos un grupo que esperaba únicamente a ver lo que decían los encarcelados de Stammheim. Con interpretaciones como esa, algunos intentan eludir su propia responsabilidad.

^{20.} VVN: Verband der Verfolgten des Naziregimes, asociación de perseguidos por el régimen nazi.

Eso no significa que no hubiese muchas cosas de los de Stammheim que deberían haberse criticado. Muchas veces me he preguntado qué hubiera pasado si realmente los hubiésemos conseguido sacar. ¿Me hubiera entendido realmente con ellos? Por aquel entonces yo lo daba por supuesto. Hoy en día, lo veo de manera más escéptica. Pero si hubiesen estado fuera, por lo menos podríamos haberlos criticado. El dolor de que eso no fuese posible permanece hasta el día de hoy. En esa época, pensábamos: cuando hayamos liberado a los presos, entonces podremos retomar los objetivos originarios de la RAF, objetivos que ya habían tomado forma durante la revuelta del 68.

Antes has empezado a describir la dinámica de ese tiempo, los años 1976-1977. Te quedaste en lo del fiscal federal Siegfried Buback. El atentado contra él debía servir para proteger a los otros presos. ¿Conseguisteis lo que queríais?

No, si no podríamos habernos ahorrado la escalada posterior. Tras la muerte de Holger Meins y el atentado contra el juez principal de Berlín, Günter von Drenkmann,²¹ la revista *Spiegel* publicó una

^{21.} Günter von Drenkmann (1910-1974) fue un abogado y jurista, miembro de una de las familias del *establishment*

entrevista con los de Stammheim, en la que estos decían claramente: si hay entierros, si hay dolor, pena y luto, entonces que lo haya en los dos bandos.

¿No os podríais haber mantenido al margen de este enfrentamiento?

Eso hubiese significado, en aquel momento, que dábamos por perdida la cuestión de los presos, que teníamos que admitir que una acción de liberación resultaba sencillamente imposible y que había entonces otras iniciativas más urgentes. Hoy más bien diría que, en aquellas circunstancias, deberíamos haber pedido más paciencia, aunque aún hoy día resulta difícil tener que contemplar cómo el Estado permanece impasible ante los casos de presos enfermos como Helmut Pohl o Adelheid Schulz.

berlinés. A partir de 1945, fue de los pocos magistrados que no venía manchado por la participación en el sistema judicial nazi, ya que, aunque en ese período trabajó como abogado, su no pertenencia al NSDAP le había impedido ejercer como juez o fiscal. En 1947, fue designado juez de lo civil en Berlín, y en 1967 fue nombrado presidente del distrito judicial berlinés. Murió de un disparo, en su casa, durante un intento de secuestro del Movimiento 2 de Junio. (Véase Ralf Reinders y Ronald Fritzsch: *El Movimiento 2 de Junio...*, op. cit., pp. 75 y 199.)

Entonces organizasteis, en relativamente poco tiempo, una infraestructura para poder secuestrar a Schleyer. ¿Cómo fue eso?

Inicialmente había, como ya he dicho, diferentes grupos que anteriormente no habían estado dentro del ámbito de la RAF.

¿Esto significa que, en 1977, hubo casi una refundación o una nueva fundación?

No, ese término de «segunda generación de la RAF» no es correcto en sí mismo. En parte era gente que había quedado de relaciones anteriores; pero también había personas nuevas que, partiendo de sus experiencias, decían que ahora con la RAF se mantenía abierta una oportunidad para el futuro.

¿Habíais puesto vuestras esperanzas de éxito en el secuestro de Lorenz en 1975? ¿O habíais pensado que un hombre tan importante como Hanns Martin Schleyer sería intercambiado con toda seguridad?

Deberíamos haber tomado ejemplo de la capacidad de análisis del Movimiento 2 de Junio. Pero el secuestro de Lorenz posiblemente cambió también la correlación de fuerzas. Inicialmente, partíamos de

la idea de que Schleyer, por sí mismo, no era suficiente para conseguir el intercambio de los presos. Por eso, además de a Schleyer, también era necesario secuestrar a Jürgen Ponto, el director del Dresdner Bank. Así habríamos logrado reunir al capital financiero, manchado por su pasado nazi —que era lo que representaba el Dresdner Bank—, y a Schleyer con su papel en los gremios de capitalistas, o sea, al sector político. Un peso que no habrían podido esquivar. Debido a que una camarada de entonces era conocida de la familia Ponto, el secuestro del banquero nos pareció la acción militar más fácil. Esto, como es sabido, no funcionó. Ponto fue tiroteado porque uno de nosotros se equivocó a la hora de valorar la situación. Aprovechar una relación privada para algo así fue otro error. Eso disminuyó desde un principio nuestras probabilidades de éxito. La segunda dificultad fue que inicialmente Schleyer no disponía de la custodia del SEK.²² Se le asignó el grado máximo de seguridad a raíz de la acción contra Ponto. Teniendo en cuenta estas dificultades, hasta nosotros mismos mirábamos la acción con escepticismo. Además, hubo cuatro muertos de golpe, el conductor y los guardaespaldas de Schleyer. De esa manera se aceleró la agudización del conflicto y disminuyeron las posibilidades de un intercambio.

²² SEK: Sondereinsatzkommando, unidades de intervención especial de la policía.

«Teníamos miedo de que volviese a haber más muertos en la cárcel»

Pero vosotros deberíais haber estado al corriente de la existencia de los acompañantes de Schleyer; seguro que le vigilabais constantemente.

Claro que sí, eso lo sabíamos. Pero ese día había tres, en vez de los dos agentes del SEK que habitualmente acompañaban a Schleyer. Eso no era previsible. Previsible era que no se les podía decir: «Bueno, ahora hacéis el favor de manteneros al margen», sino que la acción era posible solo si se eliminaba a los agentes del SEK. En el caso del conductor, dijimos que dentro de lo posible teníamos que evitarlo. Era nuestra decisión política conjunta, pero el desarrollo obedeció evidentemente a la lógica militar. Cualquiera víctima en cualquiera de ambos bandos es lamentable, pero los policías fueron abatidos en una acción de guerra, en la que ellos también dispararon once tiros de sus metralletas y tres de sus pistolas. El conductor había recibido formación de seguridad para casos de secuestro, pero iba desarmado. Por eso no soy el único en lamentar todavía más su muerte.

¿Pero, a pesar de todo el escepticismo, no pensasteis en abandonar el plan?

Esa discusión sí que se dio. Pero la otra cara eran las condiciones en la cárcel. Teníamos miedo de que, si esto seguía así, volviese a haber más muertos, y que a nosotros nos tocara otra vez quedarnos sin poder hacer nada y llorándolos. Entonces pensamos: ahora que sientan en su propia piel lo que significa estar en una situación como la de nuestros presos.

¿Schleyer lo entendió así?

Tras su detención, él advertía en los vídeos sobre la posibilidad de que se quisiese solucionar militarmente la cuestión de los presos. Pero, en aquel momento, él mismo notaba ya que sus amigos políticos iban a abandonarle a su suerte.

¿También lo notasteis vosotros?

Naturalmente.

¿O sea que, relativamente pronto, ya tuvisteis la impresión de que el Gobierno federal no iba a aceptar vuestras exigencias?

Sabíamos que en un plazo de pocos días se sabría

lo decidido por el Gabinete de Crisis:²³ si iban a dar a conocer o no los comunicados o los vídeos que se hicieron. Si hubiesen sido emitidos por televisión, habría sido muy difícil para el Gobierno rechazar un intercambio. Así pues, pronto hubo indicios de que el asunto no iba a ir tan rápido.

Pero la acción no estaba pensada para un plazo largo. Queríamos vidas a cambio de vidas, un intercambio rápido de presos. Si eso no funcionaba, Schleyer debía ser eliminado.

¿Se lo planteasteis así de claro a Schleyer?

Sí, eso quedó claro desde un principio. Cuando se puso de manifiesto que el Gabinete de Crisis no hacía más que buscar nuevas maneras para esquivar esta decisión, supimos que no iban a querer

²³. El Gabinete de Crisis fue una especie de Gobierno provisional de concentración, liderado por Helmut Schmidt y constituido para afrontar la crisis del otoño alemán, fruto de los hechos que se abordan en la entrevista. Constituido por todos los partidos del Bundestag, se encargó de dirigir lo que, en la práctica, fue la aplicación implícita de un estado de excepción que, tal y como narra Wisniewski, incluía la censura mediática de cualquier comunicación por parte de la organización armada, a la vez que prohibía a los presos de la RAF acceder a la prensa e incluso comunicarse con sus propios abogados.

intercambiarle. Ellos esperaban encontrarnos y liquidarnos. En el fondo, quedó claro cuando descubrieron la primera vivienda, que asaltaron sin mirar siquiera si había alguien dentro. Solo con eso su actitud ya quedaba en evidencia. Y tuvimos que plantearnos cómo seguir. ¿Cambiamos el ultimátum o no? ¿Existe la posibilidad de que la presión aumente si prolongamos el ultimátum? Teníamos que estudiar qué posibilidades teníamos de encontrar otro lugar donde escondernos y todo eso. Esa fue nuestra siguiente decisión más importante.

¿Aún teníais esperanzas?

Nos dijimos que si existían posibles contradicciones en ese bloque unitario del Gabinete de Crisis, había que darles tiempo para que hicieran su efecto. Por ejemplo, debíamos dejar un margen para que las fuerzas de la industria ejercieran su influencia. El propio Schleyer también puso en marcha iniciativas y escribió a sus amigos políticos.

¿Eso fue idea suya?

Claro que sí, puede comprobarse en el hecho de

que escribió muchas cosas que nosotros nunca hubiésemos formulado así; él, por ejemplo, hablaba de «terroristas». Conocía a sus amigos y a su clase política mejor que nosotros y sabía dónde tenía que incidir. Ni él mismo creía que pudiese movilizar todo lo necesario para conseguir un intercambio, pero contaba con que sus amigos no le dejarían colgado. Esa fue una de las experiencias más estremecedoras para él: experimentar que, a pesar de todo el poder que había tenido anteriormente, de repente, su clase política, sus amigos políticos le dejaban caer.

¿Fue así como lo percibisteis?

No desde un primer momento; pero esa tragedia personal se dibujaba y también la percibíamos cada uno de nosotros.

¿Es posible lidiar con un sentimiento así en una situación tan dura, que requiere de una gran firmeza y endurecimiento por vuestra parte?

Una situación así no deja frío a nadie. A pesar de toda la tensión, nadie se comporta en esas circunstancias solo de manera racional o solo de acuerdo con sus convicciones políticas.

¿Se dieron verdaderas conversaciones entre vosotros y Schleyer?

Yo diría que únicamente circunstanciales. No teníamos aptitudes para ejercer de policías expertos en interrogatorios y nadie se las dio de eso.

«No queríamos denigrar ni exhibir a Schleyer»

Pero grabasteis a propósito en vídeo esas conversaciones.

Por supuesto que teníamos preguntas concretas sobre política que hacerle. Pero esos diálogos, esas discusiones, no eran interrogatorios.

Boock dice que le hicisteis interrogatorios cruzados y que hasta habíais planeado llevarle ante un tribunal popular.

Ninguno de los dos términos expresa, ni siquiera de forma aproximada, lo que realmente sucedió entonces.

¿Por qué no trabajasteis con el pasado de Schleyer públicamente?

Eso seguro que fue un error político, pero no queríamos denigrarle ni exhibirle en esa situación, porque él sabía que la acción podía tener un final mortal para él. Schleyer no era lo que se dice alguien «popular» o «querido», y por eso también temíamos que, si le hundíamos más, ya no serviría para un intercambio.

Por eso enseguida descartamos la idea de fotografiarle con su número de las ss y el rótulo «preso de su propia historia». Pero, con posterioridad, esta decisión provocó un giro inesperado: debido a lo que escribió y dijo, únicamente se veía en Schleyer al padre de familia y a la víctima.

¿Habíais pensado cómo ibais a responder al argumento del Gobierno federal de que un intercambio conduciría solo a que la gente en la clandestinidad cometiese nuevos actos delictivos? ¿Habíais pensado en manifestar públicamente el cese de la lucha armada?

Andreas Baader hizo un intento en este sentido ante un representante del Gobierno federal. Ya sabéis como acabó eso.²⁴

²⁴ Un informe gubernamental dado a conocer por el abogado de Jan-Carl Raspe, Karl-Heinz Weidenhammer, relata un

¿Nunca pensasteis seriamente en adheriros a la propuesta de Baader?

No sabíamos nada de esa propuesta. Tampoco estaba decidido que fuésemos a seguir con ese mismo tipo de lucha armada, pero eso no queríamos exponerlo así, de esa manera.

¿Por qué no?

Miradlo de esta forma: nosotros teníamos a Schleyer y la otra parte no solo se puso en pie de guerra, sino que rompió todo contacto y violó sus propias leyes, además de provocar en todos los sentidos: decían que no habría persecuciones y, en realidad, emprendieron la mayor persecución

encuentro entre Baader y el delegado de la Cancillería Federal Hans-Joachim Hegelau, el 17 de octubre, pocas horas antes del asalto al avión en Mogadiscio. Baader le habría transmitido que «los prisioneros no volverán a la RFA en caso de ser liberados. Sin embargo, continuarán su lucha contra este Estado “en el contexto de todos los movimientos de liberación”». Se habría distanciado del «terrorismo» entendido como acciones que implicaran la muerte de civiles: «es absurdo suponer que seguiremos luchando como terroristas internacionales». La investigación de Weidenhammer se publicó en 1988: *Selbstmord oder Mord? Das Todesermittlungsverfahren: Baader/Ensslin/Raspe*, Neuer Malik Verlag, Kiel, 1988, pp. 82-86 (disponible en: bit.ly/2LxEx2u).

de todos los tiempos; llamaron a la cacería de todos aquellos que pudieran haberse mostrado críticos con el Estado; y ordenaron la censura de las noticias. En esa situación de crispación, nadie se hubiera tragado que dijésemos: «No lo interpretéis mal, solo queríamos ayudar pacíficamente a los niños de algún campo de refugiados palestino». La cuestión es si, en esa situación, podrían haber existido iniciativas que, sin entrar en las condiciones del intercambio mismo, pudieran haber sentado una base a partir de la cual haber dicho: basta ya, ya ha habido demasiadas muertes, ahora vamos a intentar otra cosa. Tampoco sé cómo hubiésemos reaccionado si hubiéramos sabido lo que ofrecía Baader. Como mínimo hubiese sido una oportunidad para opinar sobre ello. Para nosotros, la cuestión era que los presos habían desaparecido durante seis semanas. No teníamos ni idea de lo que habían hecho con ellos. En nuestra fantasía, podíamos imaginarnos cualquier cosa; las voces que exigían la reintroducción de la pena de muerte también influyeron lo suyo.

En lugar de eso, aumentasteis la presión. Primero Schleyer escribió a sus amigos políticos y luego se produjo el secuestro del avión. ¿Fue eso una oferta de los palestinos o fuisteis vosotros los que os dirigisteis a los palestinos?

Nos llegó como un ofrecimiento. No sé exactamente cómo, porque yo no formaba parte de los que estuvieron en Bagdad, pero naturalmente nos consultaron. Nuestros camaradas nos preguntaron, a los que nos habíamos quedado en Europa occidental, si estábamos de acuerdo con ello.

¿No os resultó problemático el secuestro de un avión lleno de turistas? ¿No contradecían los secuestros de aviones las ideas de la RAF?

Hasta entonces solo podíamos imaginarnos el secuestro de aviones desde la perspectiva de los palestinos, pero no para lograr el cumplimiento de nuestras exigencias en Alemania. Había un escrito de los presos de Stammheim en el que criticaban con dureza el secuestro de aviones tras Entebbe 1976.²⁵ Lo que se criticó fue la participación de dos

²⁵ El 27 de junio de 1976, un comando palestino —con intervención de dos miembros de las Células Revolucionarias— secuestra un aparato de Air France con 250 pasajeros y lo desvía hacia el aeropuerto de Entebbe (Uganda). Exigen la liberación de 53 personas encarceladas en varios países, entre ellas seis presas y presos alemanes. En el avión había unos cien pasajeros de nacionalidad israelí y otros de origen judío, que fueron separados del resto de rehenes que fueron liberados, lo que fue objeto de una polémica añadida a la del secuestro

miembros de las Células Revolucionarias (RZ) en una acción contra Israel, puesto que también era el país donde se habían refugiado las víctimas del Holocausto. Pero en ese escrito también se hacía referencia a que debía hacerse una valoración diferente si el avión secuestrado era alemán. Tras un largo debate, ese fue el punto decisivo a la hora de dar nuestro consentimiento, porque los presos no se habían posicionado al respecto y por eso teníamos la sensación de que no estábamos actuando contra sus intereses. Bajo ningún concepto hubiésemos actuado contra la voluntad de los presos.

¿Entonces sí que fue iniciativa vuestra? ¿Fue vuestra gente, Boock y otros, la que le dijo a los palestinos: tenéis que ayudarnos, solos no llegamos a ningún lado?

No, no, desde luego eso no fue así. Para que lo entendáis, tengo que explicar más detenidamente cómo era realmente nuestra colaboración con los palestinos. Ellos tenían sus propios intereses en una acción de ese tipo; en el hecho mismo de que

entre la izquierda alemana. Una unidad militar israelí asaltó el avión, liberó a los rehenes y mató a todos los integrantes del comando secuestrador, incluidos los dos miembros de las RZ.

soltasen a los presos, pues se trataba también de dos presos palestinos que estaban en una cárcel turca; pero ellos partían de un trasfondo muy diferente. Se decían: un país como la República Federal de Alemania, el país más importante de la Unión Europea, está envuelto en una confrontación de la que está pendiente todo el mundo; allí podemos dar a conocer nuestra causa. En el campo de refugiados de Tel al-Zaatar, en Beirut, los sirios habían ayudado a los falangistas²⁶ cuando estos masacraron a 6.000 palestinos. La fracción dentro de la resistencia palestina que secuestró el Landshut²⁷ quería impedir, en esa situación, que los sirios u otros gobiernos árabes se uniesen a los israelíes en perjuicio de los palestinos. En este conflicto, también en lo referente a Israel, nos vimos sobrepasados por la historia de Alemania.

^{26.} Se refiere aquí a las Falanges Libanesas, organización de extrema derecha fundada en 1936 por el cristiano maronita Pierre Gemayel, y cuyo nombre está inspirado en la Falange Española. Las Falanges Libanesas se oponen al mismo tiempo al arraigo de los refugiados palestinos en el Líbano y a la colaboración con Siria. Sus milicias armadas fueron protagonistas de las matanzas de los campos de refugiados de Sabra y Chatila en 1975, y de la matanza del campo de Tel al-Zaatar en 1976, a la que se refiere Wisniewski.

^{27.} «Landshut» era el nombre del aparato de Lufthansa secuestrado.

¿No erais conscientes de lo que podía significar que durante el secuestro del avión fueran asesinados ochenta turistas ajenos a todo lo que pasaba?

No pretende ser una disculpa, pero pensábamos en los exitosos secuestros de Leila Khaled,²⁸ cuyo libro circulaba hacía tiempo entre la izquierda como un texto de culto. Para nosotros representaba un problema poner a los turistas de Mallorca y a Schleyer a un mismo nivel. Sin embargo, en esta situación especial, en esa dinámica que se había desarrollado tras el secuestro de Schleyer, este ofrecimiento podía significar una solución. Partíamos de la idea de que el Gobierno federal, a raíz del secuestro del avión, tendría la oportunidad de decir: vale, hemos permanecido firmes con Schleyer, pero ya no aguantamos más, ahora tenemos que acceder al intercambio.

^{28.} Leila Khaled es una activista palestina cuya familia tuvo que abandonar Haifa durante la Nakba, en 1948, cuando ella tenía cuatro años. A los quince, se integró en el Movimiento Nacionalista Árabe que, posteriormente, se convertiría en el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), y recibió formación militar. Khaled participó en varios secuestros de aviones y se convertiría en una de las imágenes icónicas de la lucha palestina. Su biografía puede leerse en catalán, en George Hajjar: *Leila Khaled, el meu poble viurà: autobiografia d'una revolució*, Tigre de Paper, Barcelona, 2014.

En esa postura había una contradicción grotesca. Por un lado, pensábamos que la República Federal estaba evolucionando hacia el fascismo, y por eso creíamos que la clase política era capaz de cualquier cosa. Pero, justamente en este punto, no tomamos en serio nuestro análisis y nos dijimos: bueno, ahora no tendrán más remedio que intercambiar, esto no pueden permitírselo. ¿Pero por qué no?

No obstante, y aunque para nosotros hubiese sido la solución (no habríamos tenido que matar a Schleyer y los presos habrían salido), el hecho de haber confiado en ello no nos libra de nuestra responsabilidad.

«Después del secuestro del Landshut, confiábamos en el intercambio»

¿Pensabais de verdad que las ochenta personas no estaban en peligro?

Pensamos que era casi, casi seguro que serían intercambiadas. Pero también aquí partíamos de suposiciones equivocadas. La acción se desarrolló de manera diferente a lo planeado. El secuestro debía terminar en Yemen del Sur.²⁹ Allí los GSG 9

^{29.} La entonces denominada «República Democrática Popular del Yemen» era un Estado constituido en 1967, des-

nunca se hubiesen acercado al aparato sin enfrentarse, al mismo tiempo, con todo el país y con el Bloque del Este. El Gobierno federal habría tenido que negociar.

¿Por qué salieron mal las cosas en Adén?³⁰

Por lo que yo podía saber de las condiciones en Adén, me parece evidente que la RDA o la Unión Soviética intervinieron para asegurarse de que el aparato no pudiese quedarse allí. Esta decisión no se tomó en solitario desde Adén. Allí tenían una relación con los palestinos muy diferente a la de Somalia, donde nunca los hubiesen enviado por voluntad propia.

¿Os habían dado los palestinos tantas garantías al respecto que ni siquiera contabais con la posibilidad de ochenta turistas muertos? ¿No os habíais planteado: qué hacemos como grupo político si, por una acción nuestra, asesinan a ochenta turistas?

pués de cinco años de guerra contra la Administración poscolonial —todavía controlada por los colonos británicos— del Frente para la Liberación del Sur del Yemen Ocupado (FLSYO) y el Frente Nacional.

^{30.} Capital de Yemen.

Partíamos de la experiencia de que, en el caso del secuestro de aviones, los palestinos siempre habían actuado de forma responsable. Si hubiésemos pensado esta acción hasta las últimas consecuencias, no podríamos haberle dado el visto bueno. Pero nosotros, en realidad, solo nos planteamos el caso positivo: la solución política.

¿Era esta la opinión unánime?

Sí, esta era nuestra valoración conjunta. Al hacerla, pensábamos también en el secuestro exitoso de un avión japonés que llevó a cabo, por las mismas fechas, el Ejército Rojo japonés. Y, por otro lado, aquí tampoco se movía nada. Con ello no me refiero únicamente al gran Gabinete de Crisis, al Gobierno federal, sino a cualquier otra iniciativa: no hubo otras instancias morales o grupos que tomaran la palabra desde de la izquierda. Ya solo contemplábamos a Alemania desde la perspectiva de los «parias del mundo».

¿Os hubieseis dejado influenciar por una opinión pública crítica que os hubiese exigido en ese momento: liberad a Schleyer, salvad a los rehenes del Landshut?

Si hubiese llegado algo desde una posición independiente de izquierdas, sí, pero no se nos puso ante esa disyuntiva. Estábamos viviendo una época de desvinculación forzosa.

¿Pensabais en ese momento que obtendríais apoyo respecto a la exigencia de liberar a los presos?

En el fondo, sí. No habíamos contado con la censura de las noticias. Fue una situación en la que, de repente, nos vimos limitados a nosotros mismos. Perdimos de vista el punto de referencia.

¿Lo echabais de menos?

¿Qué quiere decir «echar de menos»? Partíamos de la convicción de que, tras el secuestro, también se pondrían en evidencia otros temas. Pero nuestros planes no se regían por esto.

¿Con cuánta gente habíais discutido? ¿Las decisiones se tomaron entre dos o tres personas o las discutisteis entre los que participaron en el secuestro?

Había situaciones en las que no todos estaban presentes. Se reunieron personas con experiencias

muy distintas, pero se intentaba, en la medida de lo posible, que todos participasen en la toma de decisiones. No conozco a nadie que entonces se quejase de que no se le tenía en cuenta políticamente.

¿En esos momentos aún hubieseis sido sensibles a una reacción de la izquierda?

La cuestión no era esa. La acción tenía que decidirse en un par de días. En una situación así, es imposible discutir públicamente. Luego la cosa tampoco se puso fácil: si hubiésemos elaborado un escrito para la izquierda, ni siquiera hubiese llegado. Si alguien hubiera tenido un escrito así y no lo hubiese entregado enseguida a la policía, habría acabado inmediatamente en la cárcel.

Pero existía la posibilidad de establecer contacto a través del periódico francés Libération.

Quizá. No estoy tan seguro de que en esa situación hubiese podido darse un debate abierto con la izquierda. El hecho es que ni por nuestra parte ni por parte de la izquierda se intentó. La historia es como es, y tenemos que aceptarla tal cual y asumir la responsabilidad. Debo admitir, para mi vergüenza, que fue mucho más tarde,

durante mi juicio, cuando empecé a ver mi historia desde otro punto de vista y me planteé que deberíamos haber explicado con mucha más claridad por qué habíamos secuestrado justamente a Schleyer. Tendríamos que haber puesto condiciones que apuntasen en otra dirección. Lo lógico habría sido exigir que Daimler-Benz destapase los archivos sobre la utilización de trabajadores forzosos y obligar al consorcio a pagarles indemnizaciones. Podríamos haber dicho: respecto a la cuestión de los presos, solo es posible el enfrentamiento mortal; pero, en un terreno diferente, volvemos a aquello que realmente nos importa. Desde una posición así, tal vez hubiese existido la posibilidad de encontrar otro final, y una solución más humana para Schleyer.

¿Habéis hablado en el grupo sobre esto?

Si lo hemos hecho, solo ha sido respecto a las consecuencias de dicha acción. Con posterioridad, debo admitir que no hicimos nada por romper con el supuesto rumbo forzoso de los acontecimientos. Pero entonces nadie estaba dispuesto a hacer concesiones. Eso habría significado anticiparnos a muchas cosas que vimos más tarde. Tendríamos que haber dicho: la lucha armada, tal como ha ido, no funciona.

¿Teníais claro desde un principio que, si los presos no salían, Schleyer sería ejecutado?

Sí, eso es también lo que se decía en los comunicados...

Pero una cosa es lo que se anuncia en los comunicados y otra lo que sucede realmente.

Y nosotros actuamos, desde luego, de manera diferente. Incluso hubo otro grupo que nos criticó durante la acción, porque no habíamos matado inmediatamente a Schleyer. Decían que, al retardar su muerte y aceptar la táctica dilatoria del Gabinete de Crisis, hacíamos imposible que se tomase en serio a otros en liberaciones de presos posteriores.

Pero hubo una fisura, un punto de inflexión a partir del cual se acabó la espiral de las amenazas recíprocas. Eso fue después del 18 de octubre. El avión había sido asaltado en Mogadiscio, los rehenes liberados, tres palestinos asesinados, y los presos de Stammheim estaban muertos. ¿Por qué no parasteis entonces? ¿Por qué no enviasteis a Schleyer a su casa?

Eso habría significado, desde el punto de vista de aquel momento, darle la razón a la política del

Gabinete de Crisis, legitimándolo. Una liberación sin una contrapartida política no se hubiese interpretado como un gesto humano, sino como una aceptación de la derrota, un completo éxito para el Gabinete de Crisis: ser duro sale a cuenta. Visto desde el presente, yo también soy consciente de las ocasiones desperdiciadas, las posibilidades de intervención política que también a Schleyer podrían haberle allanado el camino a casa.

¿Habíais reflexionado sobre eso? ¿Existía la posibilidad de llegar a compromisos como, por ejemplo, la liberación de menos presos, la rebaja de las condenas, el reconocimiento como presos políticos?

Si, en aquella situación, la propuesta de Andreas relativa a la retirada de los presos hubiese llevado a una reacción del Gobierno federal; si hubiese habido algún tipo de aceptación política —si, por ejemplo, se hubiese ofrecido una comisión internacional para supervisar las condiciones en las cárceles—, claro que hubiéramos reaccionado; no hubiésemos podido concebir la idea de mantener las condiciones iniciales y asesinar a Schleyer. Se nos pueden echar en cara muchas cosas, pero no que ignorásemos los intereses de los presos.

«Nosotros estábamos dispuestos a aceptar un compromiso»

¿Qué papel jugó el hecho de que tras seis semanas conocierais a Schleyer como persona?

Naturalmente tuvo su importancia; era conmovedor y banal a la vez, como cualquiera que teme por su vida. Pero, al fin y al cabo, para nosotros Schleyer no era solamente alguien que tenía una familia. ¿Tuvo él en algún momento consideración con los trabajadores despedidos? Fue alguien que nunca lamentó seriamente su papel en el protectorado de Bohemia y Mähren. Como hombre de las ss era responsable de la integración de la industria checa en la economía alemana de guerra y su despacho estaba entonces a solo 60 kilómetros del campo de concentración de Theresienstadt, de donde salían los transportes hacia Auschwitz. Además, el Gobierno federal impidió la emisión de las cintas de vídeo en las que el propio Schleyer apelaba a razones humanitarias. Tampoco dejó hablar a los presos; si no, tal vez se hubiese hecho pública la oferta de retirada de Baader y los presos hubiesen obtenido otra imagen en la opinión pública. Ellos también tenían familia y amigos a los que les habría gustado volver a ver. Pero el Gabinete de Crisis dejó fuera de juego, de manera intencionada, los aspectos humanos. Siguiendo la lógica de la acción, el final amargo fue

necesariamente la consecuencia. Pero para nuestros objetivos humanos y políticos fue un desastre.

Fuimos tan terriblemente consecuentes —cuando lo importante hubiera sido mostrar nuestra fuerza humana y nuestra generosidad— y política-mente muy poco radicales, hasta inofensivos, a la hora de subvertir las condiciones sociales y hacer que se tambaleasen.



Vehículo utilizado para trasladar a Schleyer.



«La guerrilla urbana ya es historia»

Comunicado de disolución de la RAF

Las imágenes de la página 3 y de la página anterior son fotogramas de la reconstrucción del corto de Holger Meins *Wie baue ich einen Molotow-Cocktail? (Cómo elaborar un cóctel molotov)*, del cual no existen copias conocidas. La reconstrucción de este y de otros trabajos de Meins la ha hecho el colectivo Rekonstruktion eines Films: bit.ly/2H-PicdQ.



(1.^a parte)
«La guerrilla urbana
bajo la forma de la RAF
ya es historia»

Hace casi 28 años, el 14 de mayo de 1970, se formó la RAF durante una acción de liberación.

Nosotros ponemos hoy fin a este proyecto. La guerrilla urbana bajo la forma de la RAF ya es historia.

Nosotros somos todas aquellas personas que hemos formado parte de la RAF hasta el último momento.

Nosotros realizamos este paso conjuntamente.

A partir de ahora seremos —como todas las demás personas procedentes de este contexto— antiguos militantes de la RAF.

Nosotros respondemos por nuestra historia.

La RAF fue el intento revolucionario de una minoría —en contra de la tendencia de esta sociedad— de participar en la subversión de las condiciones capitalistas.

Estamos contentos de haber formado parte de ese intento.

El final de este proyecto muestra que por ese camino no podíamos avanzar. Pero eso no quiere decir que la revuelta haya dejado de ser una necesidad o algo legítimo. La RAF ha sido el resultado de nuestra decisión de ponernos al lado de aquellos que en todo el mundo luchan contra la dominación y por la liberación. Para nosotros, esta ha sido una decisión correcta.

Ni los cientos de años de cárcel que, sumados, pesan sobre los presos y presas de la RAF ni todos los intentos de destrozarse la guerrilla han podido acabar con nosotros. Hemos buscado la confrontación con el poder. Hace 27 años optamos por integrarnos en la RAF en cuanto que sujetos. Y, sin dejar de ser sujetos, la dejamos ahora en manos de la historia.

El resultado nos parece crítico. Pero la RAF —igual que toda la izquierda hasta hoy— no es más que un estadio de transición en el camino hacia la liberación.

Tras el fascismo y la guerra, la RAF ha aportado algo nuevo a la sociedad: el momento de la ruptura con el sistema y el destello histórico de un antagonismo decisivo contra las condiciones a las que

las personas se ven sometidas, en las que son explotadas estructuralmente, y en el seno de las cuales se ha engendrado una sociedad donde los seres humanos se enfrentan unos a otros. La apertura de una brecha social a la que dio lugar nuestra lucha antagonista solo era el anticipo de una liberación que debe adquirir un verdadero carácter social: la brecha entre el sistema —en el cual el beneficio es el sujeto y el ser humano es el objeto— y el anhelo de una vida sin las mentiras de esta sociedad cada vez más carente de sentido. Estamos hasta las narices de inclinar la cerviz, de ser funcionales, de pisar y de que nos pisen. Pasamos del rechazo al ataque, a la liberación.

La RAF surgió de la esperanza de liberación

Animada por el valor que irradiaban las guerrillas del Sur y las de los países ricos del Norte, surgió a principios de los años setenta la RAF, para, a partir de la solidaridad con los movimientos de liberación, emprender una lucha conjunta. Millones de personas descubrieron en las luchas de resistencia y de liberación de todo el mundo una oportunidad también para ellas mismas. La lucha armada era, en muchas partes del mundo, la esperanza de conseguir la

liberación. También en la RFA decenas de miles de personas se solidarizaron con la lucha de organizaciones militantes como el Movimiento 2 de Junio, las RZ, la RAF y más tarde la Rote Zora. La RAF surgió como consecuencia de las discusiones que miles de personas mantuvieron en la RFA, a finales de los sesenta y principios de los setenta, sobre la viabilidad de la lucha armada como camino hacia la liberación.

La RAF emprendió la lucha contra un Estado que, tras la liberación del fascismo nazi, no había roto con su pasado nacionalsocialista.

La lucha armada representaba la rebelión contra una estructura autoritaria de la sociedad, contra la individualización y la competencia. Era la rebelión para conseguir una realidad social y cultural diferente. Con los vientos favorables de otros intentos de liberación a lo largo del mundo, había llegado el momento del enfrentamiento decisivo, que ya no aceptaba la legitimación pseudonatural del sistema y se había propuesto seriamente su superación.

1975-1977

Con la ocupación de la embajada alemana en Estocolmo, en 1975, empezó la etapa en la que la RAF

dedicó todos sus esfuerzos a liberar a sus presos de las cárceles.

Le siguió la ofensiva de 1977, en cuyo transcurso la RAF secuestró a Schleyer. La RAF puso en cuestión el poder. Comenzó un intento radical y decisivo de lograr para la izquierda revolucionaria una posición ofensiva contra el poder. Justamente eso es lo que el Estado quería evitar. El carácter explosivo de la situación —la escalada en este enfrentamiento— provenía también del trasfondo de la historia alemana: la continuidad del Estado sucesor del nazismo al que la RAF alcanzó en su ofensiva.

Schleyer, miembro de las SS durante el régimen nazi, había recuperado, como muchos otros nazis de todos los estratos sociales, su cargo y sus honores. Eran trayectorias que conducían desde los nazis hasta los puestos gubernamentales, la justicia, el aparato policial, el ejército, los medios de comunicación y las directivas de las grandes empresas de la RFA. Los nuevos potentados eran muchas veces los antiguos criminales antisemitas, racistas y genocidas.

Schleyer participaba en el entramado de los nazis y del Capital para la construcción de un espacio económico europeo bajo supremacía alemana. Los nazis querían una Europa en la que no hubiese luchas entre los trabajadores y el Capital, y mucho menos resistencia contra su sistema. Querían suprimir la lucha de clases, intentando implicar a los alemanes o a las personas que fueran «germanizables» y

serviesen como trabajadores en la «comunidad del pueblo». A las demás las esclavizaban obligándolas a trabajos forzados o las exterminaban sistemáticamente en los campos de concentración.

Con la liberación del fascismo nazi y el final del exterminio industrial de seres humanos por parte de los nazis no llegó la liberación del capitalismo. Schleyer continuó trabajando, después de 1945, por la consecución de los mismos objetivos económicos, de manera más sofisticada. Con el modelo socialdemócrata de los años setenta llegó un impulso modernizador. Como dirigente de la industria, Schleyer continuó impulsando la construcción de un sistema destinado a frenar las formas de resistencia social frente a las condiciones del Capital —por ejemplo, los despidos— y su integración mediante la Seguridad Social y la negociación colectiva. Ahora, de lo que se trababa también era de integrar, principalmente, a la parte alemana de la sociedad, posibilitando al Capital una mayor explotación de los trabajadores inmigrantes y, a escala mundial, la dominación y la explotación de los seres humanos en el Sur, donde se estaba provocando un exterminio masivo mediante el hambre.

La continuación del sistema que Schleyer encarnaba —en los años setenta, durante el período socialdemócrata— es un punto crucial de la reconstrucción y el desarrollo de la RFA.

La obligación terminante de aprobar todas las medidas del Gabinete de Crisis y la persecución de cualquier voz crítica, hasta el extremo de intentar eliminar al contrario político, eran los mismos mecanismos de reacción que habían utilizado los nazis

Las acciones de la ofensiva de 1977 dejaban claro que en esta sociedad hay lugares que el sistema no consigue recuperar ni controlar. Después de que los nazis exterminaran toda resistencia, con las acciones de los grupos de guerrilla urbana volvía, tras 1968, un momento de lucha de clases en la Alemania Occidental posfascista no integrable ya por el poder. El secuestro de Schleyer agudizó considerablemente este aspecto de la lucha. El Estado no respondió con pánico, como se dice a menudo hoy en día. Reaccionó reprimiendo cualquier expresión de disconformidad con las medidas que tomaba en el marco del estado de excepción. El Estado exigía el sometimiento de todos los medios de comunicación a las directrices del Gabinete de Crisis, a las que se atuvieron voluntariamente la mayoría de ellos. Todos los que no se sometían corrían el peligro de la confrontación con el sistema. Intelectuales, de aquellos que todo el mundo sabía que no simpatizaban con la RAF, pero que estaban en contra de la declaración del Gobierno del estado de excepción, no se salvaban del acoso y la

represión. Los miembros del Gabinete de Crisis, algunos de ellos con experiencia militar, reaccionaron en 1977 siguiendo el mismo patrón que los nazis (aunque estos lo hicieron en unas dimensiones mucho más salvajes), a fin de evitar que emergieran luchas anticapitalistas y antifascistas o para exterminarlas. Tanto el fascismo nacionalsocialista como la política estatal en 1977 tenían como objetivo no dejar ningún espacio en la sociedad entre la lealtad a un Estado en estado de excepción y su lógica represiva.

Después de que se viese claramente que el Estado iba a dejar caer a Schleyer, la RAF, en su propia estrategia de ofensiva, dio su conformidad para secuestrar un avión civil e inició así una acción de la guerrilla, que parecía dar a entender que la RAF ya no distinguía en esta sociedad entre arriba y abajo. Con esta ya no podía identificarse la dimensión socialrevolucionaria de la lucha, aun tratándose de un intento justificado de liberar a los presos de la tortura. De la ruptura con el sistema y el rechazo al estado de cosas en esta sociedad —que es la condición previa de cualquier movimiento revolucionario— resultó la ruptura con la sociedad.

De los años setenta a los ochenta

La RAF había puesto toda la carne en el asador y había sufrido una gran derrota.

En el proceso de lucha hasta finales de la década de 1970, se había puesto de manifiesto que de la explosión del 68 habían quedado la RAF y pocos más. Muchos de los que participaron en el movimiento del 68 se habían retirado y aprovechaban las oportunidades para hacer carrera dentro del sistema.

La RAF había asumido, como parte de la lucha antiimperialista mundial, la guerra por la liberación en la República Federal. En 1977 quedó claro que no tenía la fuerza política ni la fuerza militar para poder influir —también tras la reacción provocada: la guerra interna— de una manera determinante en la situación.

Estaba justificado aprovechar la situación histórica de principios de los setenta para abrir un nuevo y desconocido capítulo en la confrontación entre imperialismo y liberación en la metrópolis. La experiencia de la derrota de 1977 pone en evidencia los límites del antiguo concepto de guerrilla urbana de la RAF. Para que funcionase, era necesaria una nueva idea de liberación.

El concepto del frente de los años ochenta era un intento de ir en esa dirección. La RAF quería crear nuevos vínculos y la base para una lucha

conjunta con los sectores radicales de los movimientos de resistencia surgidos desde finales de la década de 1970. Pero el concepto del frente seguía manteniendo básicamente los rasgos principales del antiguo proyecto de los setenta. La acción armada siguió siendo el eje central y determinante de todo el proceso revolucionario concebido como guerra de liberación.

El frente antiimperialista de los años ochenta

A comienzos de los años ochenta había muchas luchas contra proyectos del sistema que atentaban contra los seres humanos; estas luchas, a su vez, eran la expresión de la búsqueda de formas de vida libres. Una eclosión social que perseguía ya en el presente el comienzo de una realidad social diferente.

Miles de personas de diferentes movimientos salieron a la calle, en la década de 1980, en contra de lo mismo que quería atacar la RAF desde 1979: la militarización de la política de los Estados de la OTAN, que iba a hacer posible que Occidente desatase «mil y una» guerras a la vez: la guerra contra la Unión Soviética y, a la vez, intervenciones militares contra los movimientos de liberación y contra

revoluciones como la de Nicaragua, que habían conseguido arrebatarle terreno a las dictaduras occidentales en favor de la liberación.

La RAF partía del supuesto de que no iba a quedarse sola en esta nueva etapa. Eso se basaba en la esperanza de que los sectores militantes de los diferentes movimientos se integrarían en el frente común.

Pero ese concepto pasó por alto que, en esa situación social, había muy poca gente que le viese sentido a una lucha de liberación llevada hasta una escalada bélica. La lucha de liberación —cuyo momento central es la guerra— solo tiene sentido si existe la posibilidad de que otras fuerzas en la sociedad le den continuidad: si hay alguna posibilidad de que se expanda, aunque solo sea entre la parte más radical del movimiento.

Pero ni siquiera los que fueron solidarios —que no fueron pocos— asumieron la lucha con esta idea. La guerra de guerrillas necesita tener la perspectiva de extensión a un nuevo estadio de la lucha. Este escalafón imprescindible para la existencia de la guerra de guerrillas no lo hemos alcanzado nunca.

La idea de la RAF, que hacía de la acción armada el aspecto central del enfrentamiento, subestimaba los procesos políticos y contraculturales ajenos a la lucha político-militar. La superación de esta orientación estratégica, que en su estructura fundamental no iba más allá de la concepción de los

años setenta, hubiese sido la premisa para un nuevo proyecto revolucionario. El frente no podía ser el proyecto de liberación que permitiese superar la separación entre el movimiento y la guerrilla.

En los años ochenta, la RAF partía de la convicción de que la premisa socialrevolucionaria consistía en el ataque a las estructuras centrales del poder imperialista. Partiendo de esta base, la política se volvía cada vez más abstracta. Esto condujo a la separación de aquello que debe permanecer unido: el antiimperialismo y la revolución social. La perspectiva socialrevolucionaria desapareció de la teoría y de la práctica de la RAF. La consecuencia fue que el frente antiimperialista se orientó en exclusiva hacia una línea antiimperialista. Ya no podía identificarse a la RAF por la cuestión social. Un error fundamental.

Al subsumir todo contenido político y social bajo el ataque antiimperialista a «todo el sistema», se provocaron divisiones equivocadas en lugar de procesos de unificación; y eso llevó a que las cuestiones planteadas y los contenidos concretos de la lucha no fuesen identificables.

La repercusión en la sociedad fue limitada, porque la seguridad de avanzar creando una conciencia social y romper así el consenso entre el Estado y la sociedad —momento central de todo proceso revolucionario— desaparecía progresivamente. En lugar de eso, la RAF intentó quebrantar la maquinaria de dominación del Estado con la dureza de su

ofensiva. Esta decantación en el proceso de conflicto perduró a lo largo de la década de 1980 y marcó nuestra lucha.

Emprendimos ataques contra proyectos de la OTAN y, junto con otros grupos de guerrilla en Europa occidental —Action Directe de Francia, Brigate Rosse/PCC de Italia—, atacamos complejos industriales del Capital e intentamos construir un frente guerrillero en Europa occidental. La RAF concentraba sus energías en ataques —en la medida en que las fuerzas lo permitían— contra proyectos de la OTAN y, a partir de 1984, contra el proyecto de los países europeos occidentales de crear un nuevo bloque de poder. Nos concentramos en las pocas fuerzas que teníamos y en las de los militantes más afines a la RAF.

El proyecto de construir un frente conjunto con otros grupos de la resistencia se convirtió más en una carga que en una ampliación enriquecedora. Esa fue, seguramente, la razón de que este se rompiera, ya que el intento de mantener la línea «correcta» consumía mucha energía. En esa estrechez no podía desarrollarse ninguna dinámica política.

En lugar de los nuevos horizontes que la variedad de luchas parecían abrir a principios de los ochenta, la rigidez y la estrechez fueron ahogando la política a lo largo de la década. Existía un gran contraste entre la disposición de los militantes de la RAF a darlo todo en el enfrentamiento y la falta

de resolución a la hora de buscar nuevas ideas para el proceso de liberación. En este aspecto se arriesgó poco.

Por aquel entonces —la concepción de los años ochenta era muy reciente—, también se produjo una evolución por nuestra parte, marcada a veces por una política llevada a cabo con actitud consecuente y manifiestamente fría, que, al fin y al cabo, no era otra cosa que «hacer política» (demasiado alejada de todo lo que significaba la liberación).

Aun así, fue una época en que la RAF y los presos de la RAF mostraron con su determinación, superando situaciones duras y derrotas, que habían permanecido incorruptibles a lo largo de la historia y continuaban con su voluntad de querer cambiar las cosas contra los deseos del poder. Esto dio esperanzas a otros y atrajo a muchos, porque la lucha por la colectividad y la unión se oponía a la individualización y la soledad en la sociedad. La lucha de los presos contra el aislamiento y por el reagrupamiento y la dignidad y la libertad contenía algo que otros muchos también anhelaban, y con lo que muchos podían sentirse identificados. La actitud consecuente y sin compromisos respecto al poder, de la RAF y de los presos, se oponía a todo intento de los dominadores de derrotar las luchas a favor de un modo de vida diferente.

Aquellos de nosotros que, en su mayoría, nos integramos tarde en la RAF...

...lo hicimos con la esperanza de poder influir con nuestra acción en las condiciones cambiantes, después de las radicales transformaciones ocurridas en todo el mundo. Buscábamos nuevas maneras de llevar a cabo la lucha de liberación, un nuevo camino que nos uniese a otros. Y creíamos verlo reflejado, en parte, en aquellas personas que habían iniciado el enfrentamiento antes que nosotros, que habían muerto o que estaban en la cárcel.

La lucha en la clandestinidad ejercía gran atracción sobre nosotros. Queríamos romper nuestros límites y liberarnos de todo aquello que nos mantenía dentro del sistema. El enfrentamiento armado en la clandestinidad ya no era para nosotros el único momento posible y necesario del proceso de liberación. Aun así, y precisamente por la crisis de la izquierda, queríamos continuar desarrollando la guerrilla urbana y la ilegalidad, como terrenos aptos para el proceso de liberación en todo el mundo. Pero ya entonces veíamos que solo con eso no bastaba. También la guerrilla tenía que cambiar.

Esperábamos conseguir una nueva vinculación entre la guerrilla y otros espacios de resistencia en la sociedad. Para ello, buscábamos un nuevo modelo, en el que pudiesen convivir desde las luchas de los barrios hasta la guerrilla.

Para nosotros era importante establecer una relación entre nuestra lucha y la nueva situación social emergente tras el derrumbe de la RDA

Queríamos trazar nuestro camino haciéndolo converger con el de todas aquellas personas cuyos sueños se habían desvanecido con el fin de la RDA y con su anexión por la RFA: aquellas que tuvieron que admitir que el socialismo real no había logrado una verdadera liberación, y aquellas otras que, en algunos casos, ya se habían opuesto al socialismo real en tiempos de la RDA y soñaban con poder alcanzar algo que estuviese más allá del socialismo real y del capitalismo. La mayoría de los que habían vivido en la RDA y habían exigido la integración en la RFA no podían intuir en 1989 el nuevo contexto de depresión social que habían ayudado a implantar, y la supresión masiva de prestaciones sociales que comportaría. En esta situación, históricamente nueva para todos, anhelábamos establecer una conexión entre los que se enfrentaban al Estado de la RFA para conseguir la liberación y aquellos que estaban descontentos con la evolución racista y reaccionaria que se estaba produciendo en la ya desaparecida RDA. No estábamos dispuestos a dejar ese terreno en manos de la resignación ni de la derecha.

Más tarde, nos dimos cuenta de que solo un nuevo proyecto de liberación internacional, que tuviese como punto de partida la nueva realidad del

Este y del Oeste, podía estar a la altura de las transformaciones acontecidas. La RAF, que tenía sus raíces únicamente en la historia de la resistencia en la antigua RFA, no podía hacerle justicia.

El intento de dar sentido de nuevo a la RAF en los noventa fue un propósito poco realista

Nuestro objetivo era la transformación del proyecto surgido del movimiento del 68 en un proyecto internacionalista y socialrevolucionario de los noventa. Era una época en la que buscábamos algo nuevo pero, condicionados por los dogmas de los años anteriores, no nos distanciamos de forma suficientemente radical de lo viejo. Y eso nos llevó al mismo error que habíamos cometido después de 1977, sobrevalorando la resistencia en el tiempo de nuestro concepto de lucha. El peligro más importante de mantener la lucha armada sin que esté clara cuál es su aportación en el avance del proceso revolucionario y el fortalecimiento de la lucha de liberación es que puede acabar desacreditándola de manera permanente. Es importante tratar este hecho de una manera responsable, porque deslegitimando la lucha armada para siempre también puede invalidársela en aquellas situaciones en las que volverá a ser necesaria.

La crisis de la izquierda en los ochenta, que la dejó al límite y al borde de la extinción, hizo que nuestro intento de integrar la RAF en un nuevo proyecto fuera algo poco realista. También llegábamos tarde a la oportunidad de transformar la RAF a través de un proceso de reflexión. Al fin y al cabo, la finalidad de la crítica y la autocrítica no es acabar con una cosa, sino ayudar a su desarrollo. La desaparición de la RAF no es, en definitiva, una consecuencia de nuestros procesos de (auto)crítica y reflexión, sino una necesidad, porque su concepción no contiene los componentes necesarios para que de ella pueda surgir algo nuevo.

Si colocamos este fragmento de nuestra historia actual en el proceso histórico global, podremos ver que este intento de hacer reaparecer la RAF en un proceso político fuerte se ha convertido, sobre todo, en la prolongación de un proyecto que ya debería haberse dado por concluido hace tiempo.

Tuvimos que reconocer que, del ímpetu inicial, había perdurado sobre todo la forma de lucha. No existía todavía, de manera tangible, ninguna posibilidad que abriese perspectiva alguna más allá de la sociedad del trabajo —y de una economía enemiga del ser humano, orientada al beneficio— y que, en un futuro, pudiese ser la base de la lucha por la liberación y unir a muchas personas. Tras nuestra derrota en 1993, sabíamos que no podíamos continuar así, simplemente haciendo las cosas de la

misma manera que cuando iniciamos el cambio de rumbo en 1992. Creíamos con firmeza que habíamos elegido correctamente nuestros objetivos, pero que habíamos cometido graves errores tácticos. Queríamos reflexionar sobre todo esto junto con los que aún estaban en las cárceles y empezar entre todos una nueva etapa.

Pero al final se demostró, a raíz de la —para nosotros— dolorosa escisión de una parte de los presos, que nos declararon enemigos,¹ que las premisas básicas de constitución de la RAF —solidaridad y lucha por lo colectivo— ya se habían esfumado completamente.

¹ La ruptura de 1993 vino provocada por la disensión de una parte de los presos, que no estaban de acuerdo con el proceso de discusión abierto por la militancia activa y el resto de encarcelados sobre la posibilidad de renunciar a la lucha armada y disolver la RAF.

(2.^a parte) «Dejamos atrás un camino común»

El proceso de nuestra propia liberación...

... lo considerábamos muy importante, pero no obstante se quedaba bloqueado una y otra vez. Deseábamos tanto lo colectivo como la superación conjunta de toda alienación. Hemos soslayado y obviado con frecuencia la contradicción existente entre liberación y guerra. La guerra revolucionaria también genera alienación y estructuras de poder que están en contradicción con la liberación. Afrontar eso de manera que no se convierta en algo estructural solo es posible si existe una conciencia sobre ello. De lo contrario, se materializan nuevas estructuras autoritarias y el endurecimiento tanto de la política como de las relaciones. Esto se puso de manifiesto, por ejemplo, en las cambiantes estructuras jerárquicas del frente de los

años ochenta y los rasgos autoritarios existentes en la escisión del año 1993. También en un nuevo aburgesamiento de la percepción y de la manera de pensar, algo que llevó a que demasiada gente siguiera luchando aquí, pero sin ver justificada ya la revuelta en su conjunto.

Fue un error estratégico no construir, junto a la organización ilegal, armada, una organización político-social

En ninguna fase de nuestra historia se ha llevado a cabo la creación de una organización política más allá de la lucha político-militar. Los planteamientos de la RAF solo admitían, en definitiva, la lucha armada, con el ataque político-militar como eje central.

En nuestros comunicados más importantes, hasta mediados de los setenta, aún no quedaba clara esta cuestión, y difícilmente podría haber sido de otra forma. Existían muy pocas experiencias de guerrilla urbana en la metrópolis y mucho menos en la RFA. Había que plantear muchas cosas primero y ver si funcionaban o no en la práctica. A pesar de ello, sí que existía una directriz respecto a la cuestión principal: la de si el proyecto de liberación podía ser realizado por una organización ilegal mediante la lucha

armada, o si la construcción de la guerrilla debía ir de la mano de la implementación de estructuras políticas que pudieran surgir de procesos de base. En enero de 1976, nuestros camaradas presos escribieron que la lucha armada desde la ilegalidad era la única posibilidad para una actuación crítica-práctica en el imperialismo.

También la propuesta de mayo de 1982 se mantuvo fiel a esta concepción errónea aunque, pese a todas sus inconsistencias, era un intento de encontrar un nuevo nexo político con otros. Pero tampoco ese proyecto rompía con la centralidad de la lucha armada en la metrópolis. Las actividades políticas resultantes del proceso abierto por el frente se redujeron mayoritariamente a la socialización de esta ofensiva estratégica entre las estructuras de la izquierda radical.

La ausencia, a lo largo de más de veinte años, de una organización política tuvo como consecuencia la permanente debilidad de todo proceso político. La sobrevaloración, durante las últimas décadas, del efecto de las acciones político-militares en la metrópolis fue lo que condicionó dicha concepción.

La RAF aplicó su estrategia de lucha armada de manera diferente en las diversas fases y en ningún momento alcanzó el estadio en el que el ataque militante llega adonde tiene que llegar: a ser la opción táctica de una estrategia de liberación integral.

Esta debilidad también contribuyó a que nuestra organización, al final de una etapa de más de dos décadas, ya no pudiera ser transformada. No se daban las condiciones necesarias para poder trasladar el peso principal de la lucha al ámbito político, tal como queríamos hacer en 1992. Pero, al fin y al cabo, esto no fue más que una consecuencia del error estratégico subyacente.

La falta de una organización político-social ha sido un error decisivo de la RAF. No es la única equivocación, pero sí una razón importante para que no pudiéramos construir un proyecto de liberación más robusto y que, finalmente, faltara la condición imprescindible para alcanzar una influencia mayor sobre los procesos sociales y llegar a construir un movimiento opositor de lucha y búsqueda de la emancipación. Errores conceptuales como este, que acompañaron a la RAF durante toda su vida, muestran que la concepción de la RAF ya no podrá tener validez en los procesos de liberación del futuro.

El final de la RAF se produce en un momento en que todo el mundo se ve enfrentado a las consecuencias del neoliberalismo. La lucha internacional contra la expulsión, contra la exclusión y por una realidad social justa y fundamentalmente diferente se opone a toda la evolución del capitalismo

Las relaciones globales e intersociales se agudizan cada vez más en la turbulencia del desarrollo histórico tras el final del socialismo real. No es una contradicción que demos por finalizado nuestro proyecto, pero sigamos creyendo en la necesidad de hacer todo lo posible, dentro de lo razonable, para que pueda surgir un mundo más allá del capitalismo, en el que pueda hacerse realidad la emancipación de la humanidad. En vista de las consecuencias espeluznantes del derrumbamiento del socialismo real en todo el mundo y del empobrecimiento en masa de millones de personas en la antigua Unión Soviética, hoy en día sería insuficiente hablar solo de las oportunidades que se abren en esa coyuntura. No obstante, también nosotros pensamos que, en el modelo del socialismo real, no resultaba posible una verdadera liberación. Quedan pendientes las conclusiones, para futuros caminos de libertad, acerca de las experiencias antiemancipatorias del socialismo real, producto de concepciones autoritarias y burocrático-estatalistas.

Con su derrumbamiento, ha desaparecido la competencia de sistemas y, en consecuencia, los actores del sistema capitalista ya no se ven en la necesidad de tener que aparentar que el suyo es «el mejor». Con la caída de este obstáculo ideológico para el Capital, se ha iniciado un proceso de expansión global de aquel, a través del cual toda la humanidad ha de ser sometida a sus necesidades. El neoliberalismo es el fundamento ideológico y económico, para avanzar a escala mundial, de la optimización de la explotación de los seres humanos y la naturaleza. Los representantes del sistema lo llaman «empuje reformador o modernización».

Es más que evidente que la evolución actual del sistema trae consigo mayores rigores sociales y existenciales para una aplastante mayoría de la humanidad. Para gran parte de las personas en el mundo, el neoliberalismo significa una nueva dimensión de la amenaza que pende sobre sus vidas.

Solo se sostienen en la lucha por la hegemonía política y el poder económico las economías que utilizan sus recursos para la búsqueda exclusiva del beneficio de las multinacionales y de una parte cada vez más pequeña de la sociedad. Los efectos retroactivos de este funcionamiento conducen a cambios profundos en las sociedades; y, además, a que el empobrecimiento progresivo —y el embrutecimiento que conlleva— provoquen el desencadenamiento de más guerras y más barbarie. Cuando

se vean afectados sus intereses económicos y políticos, los países ricos no dudarán en intervenir en estos conflictos, mediante la guerra, para seguir asegurándose «el acceso ilimitado a las materias primas» de la Tierra e imponer su deseo de poder. Nunca les moverá el interés por buscar soluciones verdaderas para las personas, sino el de controlar la destrucción que causa su sistema y extraer de esta beneficios para unos pocos. El hecho de que en esta fase podamos asistir a las crisis de los sistemas políticos y al hundimiento de las sociedades en todo el mundo e, incluso, al empobrecimiento de grandes masas en las metrópolis —las cuales hasta ahora habían permanecido a salvo de la miseria— no es una contradicción, sino que responde totalmente a su lógica; al mismo tiempo, las corporaciones transnacionales tienen más poder y obtienen más beneficios que nunca.

Paradójicamente, la exitosa maximización de beneficios, con el subsiguiente proceso de desintegración de las sociedades, parece llevar al Capital a sus propios límites. Con esta evolución, lo que nos amenaza es, sobre todo, un nuevo avance de la barbarie. La dinámica inherente al desarrollo del sistema hará que este proceso negativo se prolongue sin fin, hasta que se fragüe una nueva concepción de la liberación de la cual surjan nuevas fuerzas capaces de superar este orden. Sin embargo, hoy en día no tenemos en nuestro haber solo las

derrotas de la izquierda histórica y la violencia de la situación social mundial, sino que también contamos con la mecha de los movimientos revolucionarios, que pueden tomar como referencia la experiencia de la historia de la resistencia en todo el mundo. En esta evolución global, el capitalismo apuesta cada vez menos —también en las metrópolis— por comprar la tranquilidad a través del sistema de protección social estatal. En vez de eso, se margina a capas cada vez más amplias de la sociedad que ya no resultan necesarias en el proceso de producción. «Potencia mundial» y «Estado social» ya no pueden convivir. En lugar de los antiguos «Estados sociales», en Europa, por ejemplo, se apuesta por convertir a todo el continente en un Estado policial bajo la hegemonía política y económica de la RFA y con esta como Estado racista puntero.

Se envía a la policía y a los militares contra los que huyen de la miseria, la guerra y la opresión. Se realizan expulsiones cuyo destino final es la guerra y la tortura. Se crea una sociedad llena de cárceles. Se expulsa de los centros comerciales a los sin techo, a los jóvenes y a todos aquellos que cuestionan la probidad de las tradiciones y de la burguesía, mediante la acción de la policía y los servicios de seguridad. Se vuelven a introducir centros cerrados como cárceles para niños. Se intenta ejercer un control completo sobre los refugiados mediante

tarjetas-chip que, en un futuro no lejano, se tratarán de usar con otros grupos sociales. Porras y armas serán la respuesta a las previsible revueltas de los que han sido marginados. Exclusión, persecuciones y expulsiones. Y ni siquiera puede descartarse que se dé una apropiación total del ser humano a través de su producción genético-tecnológica.

También aquí y en muchas otras partes, resulta habitual contemplar la marginación y la persecución provocadas por la degradación en el seno de la sociedad. El racismo desde abajo amenaza la vida de millones de personas; algo que en Alemania lleva implícita la continuidad histórica de una marca asesina. La exclusión desde arriba y las agresiones desde abajo contra los minusválidos muestran la brutalidad cotidiana de una sociedad. Solo se quiere a las personas que no supongan un obstáculo para la eficacia de este sistema económico y de todo aquello que es susceptible de ser capitalizado. No ha de quedar sitio para nada que se sitúe fuera de la sociedad capitalista. Todas aquellas personas, y son muchas, que ya no pueden vivir aquí o que ya no quieren vivir aquí (también son muchas las que deciden poner fin a sus vidas) son una prueba diaria de lo absurdo que resulta este sistema y de la dureza de la sociedad.

La comercialización del ser humano y la violencia en los hogares y en las calles es la violencia de la opresión, es la frialdad social contra el otro,

contra la otra, es la violencia contra las mujeres; todo esto es la expresión de las condiciones racistas y patriarcales existentes.

La RAF siempre se enfrentó a la mentalidad y la conciencia de una gran parte de la sociedad. Esto es un paso necesario en el proceso de liberación, porque las condiciones externas no son únicamente reaccionarias, sino que generan lo reaccionario en el ser humano, que reprime constantemente su capacidad de emancipación. Sin lugar a dudas, es vital enfrentarse al racismo y a cualquier otra forma de opresión y luchar contra ello. Los proyectos de liberación del futuro también tendrán que evaluarse en función de su capacidad para encontrar la llave de las conciencias cerradas de forma reaccionaria y para saber desperdiciar el deseo de emancipación y de liberación.

La realidad del mundo hoy en día nos demuestra que hubiese sido mejor que el levantamiento mundial, del que también surgió la RAF, hubiese tenido éxito

El levantamiento mundial, del que también surgió la RAF, no tuvo éxito, lo que ha significado que, hasta ahora, no ha podido cambiarse el curso de este desarrollo destructivo e injusto.

Más que los errores cometidos, nos pesa el hecho de que no hemos sido capaces de encontrar respuestas satisfactorias a este desarrollo. La RAF procede de un levantamiento surgido en las últimas décadas, que no supo predecir con precisión la evolución del sistema, pero que intuía el peligro que implicaba. Sabíamos que este sistema iba a permitir vivir con dignidad a cada vez menos personas en el mundo. Y también sabíamos que este sistema quiere tener el acceso total al ser humano, para conseguir que sean las propias personas las que se sometan a los valores dominantes y los acaben haciendo suyos. De estos supuestos se alimentaba nuestra radicalidad. Para nosotros no había nada que perder con un sistema así. Nuestra lucha —la violencia, con la que nos enfrentamos a las condiciones imperantes— tiene una parte difícil y espinosa. También la lucha por la liberación tiene su lado oscuro. Atacar a personas por la función que desarrollan dentro del sistema está —para todos los revolucionarios del mundo— en contradicción con su manera de pensar, con su manera de concebir la liberación. Aunque existan fases en el proceso de liberación en las que esto se vea como algo necesario, por la existencia de aquellos que quieren la injusticia y la opresión y que defienden el poder que tienen ellos u otras personas, los revolucionarios anhelan otro mundo en el que nadie decida quién tiene derecho a la vida y quién no. No obstante, creemos que el

rechazo que ha provocado nuestra violencia tiene rasgos de irracionalidad. Porque el verdadero terror es una condición inherente al funcionamiento normal del sistema económico.

La RAF no ha sido todavía la respuesta para la liberación, quizá sí un aspecto de ella

Aunque todavía hoy hayan quedado tantas preguntas sin respuesta, estamos seguros de que, de la idea de liberación del futuro, solo podrá surgir un núcleo de relaciones libres, si aquella es portadora de toda la diversidad real necesaria para trastocar las condiciones imperantes. «La línea correcta», que ignora las circunstancias de la vida porque las considera poco eficientes para la misma, es tan inútil como la búsqueda del sujeto revolucionario. El proyecto de liberación del futuro tendrá que conocer muchos sujetos y múltiples aspectos y contenidos, que no tienen por qué tener nada de arbitrario. Necesitamos una nueva concepción, en la que puedan convertirse en sujeto las personas y los grupos sociales más diversos, sin dejar de ser un lugar de encuentro. En este sentido, el proyecto de liberación del futuro no se podrá encontrar en ninguna de las antiguas concepciones

de la izquierda de la RFA posterior al 68 —ni en la de la RAF ni en las de otros—. La alegría de construir un proyecto de liberación integrador, antiautoritario, pero dotado, sin embargo, de una organización estable, está aún por consumarse y, lo que es más importante, apenas se han hecho intentos en este sentido.

Vemos que también en esta parte del mundo hay personas que tratan de encontrar caminos que les permitan escapar de este callejón sin salida.

Tenemos las esperanzas puestas también en aquellos que, en los rincones más recónditos de este país —donde la hegemonía cultural de la derecha fascista no es en el presente una excepción—, tienen el valor de unirse en contra del racismo y los neonazis para luchar y defenderse a ellos mismos y a otros.

Es necesario ser conscientes de que nos encontramos en un callejón sin salida para poder hallar caminos que nos saquen de él. En este caso, puede ser totalmente oportuno abandonar algo a lo que teóricamente podría dársele continuidad.

Nuestra decisión de dar por acabado algo es la expresión de la búsqueda de nuevas respuestas. Sabemos que esta búsqueda nos vincula a muchas personas en todo el mundo.

Habrà todavía muchas discusiones antes de que el conjunto de todas las experiencias nos ofrezca una imagen realista y fiel de la historia.

Queremos formar parte de esa liberación conjunta. Queremos que pueda aprenderse algo de nuestros propios procesos y aprender de otros.

Esto también excluye antiguas concepciones de vanguardias que dirigen la lucha. Aunque la «vanguardia» hace ya muchos años que no tiene nada que ver con lo que nosotros entendemos por lucha, las antiguas concepciones de la RAF no permiten una verdadera supresión de esta. Este es un motivo más para abandonar dicha concepción.

Las guerrillas de las metrópolis han devuelto la guerra, que los Estados imperialistas libran fuera de los Centros, al corazón de la bestia

A pesar de todo lo que deberíamos haber hecho de otra manera, en esencia era correcto enfrentarse a la situación en la RFA e intentar obstaculizar con resistencia las continuidades de la historia alemana. Queríamos que la lucha revolucionaria también tuviese una oportunidad en la metrópolis. La RAF ha emprendido la lucha, y la ha intentado desarrollar a lo largo de más de dos décadas en un terreno social impregnado por una historia que ofrecía pocas muestras de resistencia y por la ausencia de un movimiento contra el fascismo, además de por la

existencia, eso sí, de una población leal al fascismo y a la barbarie. La liberación del fascismo tuvo que llegar, a diferencia de en otros países, desde fuera. Aquí no se tomó la decisión de realizar una ruptura «desde abajo» con el fascismo. Han sido pocos los que en este país se han enfrentado al fascismo; demasiado pocos los que dieron muestras de humanidad. Ellos, los que lucharon en la resistencia judía, comunista o en cualquier otra resistencia antifascista, fueron importantes para nosotros. Y siempre lo serán. Eran los pocos rayos de esperanza en la historia de este país, desde que el fascismo empezó, a partir de 1933, a exterminar todo lo que hubiera de social en esta sociedad.

Al contrario que ellos, la tendencia de esta sociedad ha sido, casi siempre, aceptar lo que dicen los poderosos: es la autoridad la que determina lo que es legítimo. En el proceso de destrucción social, que fue la premisa indispensable para el genocidio cometido por los nazis, la indiferencia respecto a los demás continúa siendo, en el presente, un aspecto fundamental. Después del fascismo nazi, la RAF rompió con esas tradiciones alemanas y las privó de toda aceptación. Fue el fruto de este rechazo. No solo ha repudiado estas continuidades nacionales y sociales, sino que ha transformado su repulsa en una lucha internacional, cuya práctica supuso tanto el rechazo y el ataque contra el Estado alemán y las relaciones de poder en la República Federal como

también contra las estructuras militares de sus aliados en la OTAN. Esta alianza, en cuya jerarquía Estados Unidos representaba la fuerza impulsora y tenía el liderazgo indiscutible, intentaba sofocar las rebeliones sociales y acabar con los movimientos de liberación en todo el mundo, valiéndose de los militares y de las guerras. Las guerrillas de las metrópolis han devuelto la guerra, que aquellos libraban lejos de los centros de poder, al corazón de la bestia.

Hemos respondido a las condiciones de violencia con la violencia de la revuelta.

Al mirar atrás, no vemos una trayectoria sin dificultades ni libre de errores.

Pero hemos hecho un intento y, con él, hemos traspasado muchos límites establecidos por los que detentan el poder y asumidos por la sociedad burguesa.

La RAF no ha podido mostrar un camino para la liberación. Pero, en estas dos décadas, hemos contribuido a que hoy en día exista la idea de liberación. Cuestionar el sistema era y continúa siendo legítimo mientras haya dominio y opresión en lugar de libertad, emancipación y dignidad para todos y todas en todo el mundo.

Como consecuencia de esta lucha de la RAF, todavía hay nueve antiguos militantes en la cárcel.²

² Después de la salida de prisión de Wisniewski, en 1999, todavía quedaban seis militantes de la RAF en la cárcel, y otros

Aun cuando la guerra por la liberación no ha terminado, ni mucho menos, este enfrentamiento se ha convertido ya en un asunto histórico. Respaldamos todos los esfuerzos tendentes a que los presos y presas, producto de este enfrentamiento, salgan en condiciones dignas de la cárcel.

En este instante de nuestra historia, queremos saludar y dar las gracias a todas aquellas personas que han sido solidarias con nosotros en estos últimos 28 años, que nos han apoyado de las más diversas maneras y que, desde sus propios planteamientos, han luchado con nosotros. La RAF ha querido colaborar de forma decisiva en la lucha por la liberación. Esta actuación revolucionaria, en este país y en este ciclo histórico, nunca podría haberse producido si muchas personas que no se

que no habían sido detenidos permanecían aún en la calle y en la clandestinidad. Posteriormente, salieron de prisión Sieglinde Hofmann (1999), Rolf Heissler (2001), Rolf Clemens Wagner (2003), Brigitte Mohnhaupt y Eva Haule (2007), Christian Klar (2008) y Birgit Hogefeld (2011). En septiembre de 1999, la policía asesinaba a Horst Meyer en la misma operación en la que fue detenida Andrea Klump, condenada a doce años de prisión en 2004 por una tentativa de atentado en el aeropuerto de Budapest. No hemos podido verificar si ha sido excarcelada o continúa cumpliendo pena. En 2009, Verena Becker era detenida y mantenida en prisión entre agosto y diciembre, por su supuesta participación en el asesinato del fiscal Buback, por el cual sería condenada a cuatro años de prisión en 2012.

encuadraban en la RAF no hubiesen dado algo de sí mismas en esta lucha.

Dejamos atrás un camino común. Esperamos volver a encontrarnos, todos y todas y muchas personas más, en el desconocido y sinuoso camino de la liberación.

Queremos recordar a todas las personas que han muerto en todo el mundo en la lucha contra la dominación y por la emancipación. Ellas se pusieron al servicio de unos objetivos que son las metas del presente y del mañana, hasta que no se hayan eliminado todas las circunstancias que hacen del ser humano un ser esclavizado, abandonado y despreciado. Su muerte es dolorosa, pero nunca habrá sido en vano. Ellas pervivirán en las luchas y en la liberación futura.

Nunca olvidaremos a los camaradas del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) que, en otoño de 1977, como muestra de solidaridad internacional, dejaron sus vidas por intentar liberar a los presos políticos.

Hoy queremos recordar especialmente a los y las que se decidieron a darlo todo en la lucha armada y por ella murieron.

Nuestro recuerdo y nuestro reconocimiento va para todos aquellos y aquellas cuyos nombres no podemos citar, porque no los conocemos, y para Petra Schelm, Georg von Rauch, Thomas Weißbecker, Holger Meins, Katharina Hammerschmidt,

Ulrich Weßel, Siegfried Hausner, Werner Sauber, Brigitte Kuhlmann, Wilfried Böse, Ulrike Meinhof, Jan-Carl Raspe, Gudrun Ensslin, Andreas Baader, Ingrid Schubert, Willi-Peter Stoll, Michael Knoll, Elisabeth van Dyck, Juliane Plambeck, Wolfgang Beer, Sigurd Debus, Johannes Timme, Jürgen Peemöller, Ina Siepman, Gerd Albartus y Wolfgang Grams.

La revolución dice:
he sido
soy
y seré.

Rote Armee Fraktion (RAF)

Marzo de 1998



Impreso en mayo de 2019
en Romanyà Valls
La Torre de Claramunt

